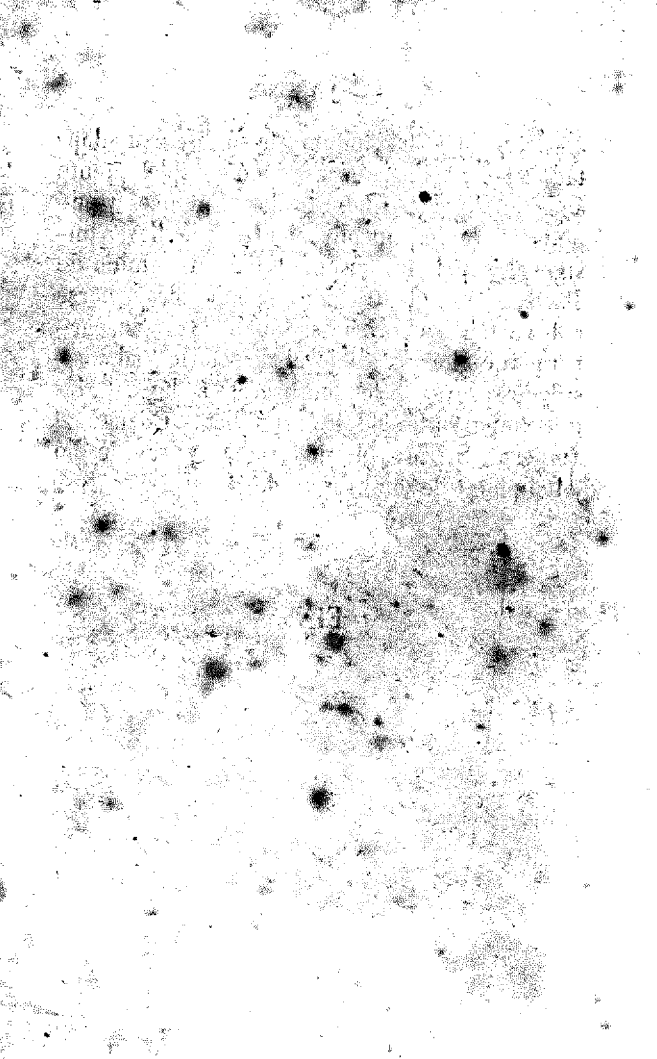




2

LA DUQUESA

DE

BORGOÑA.

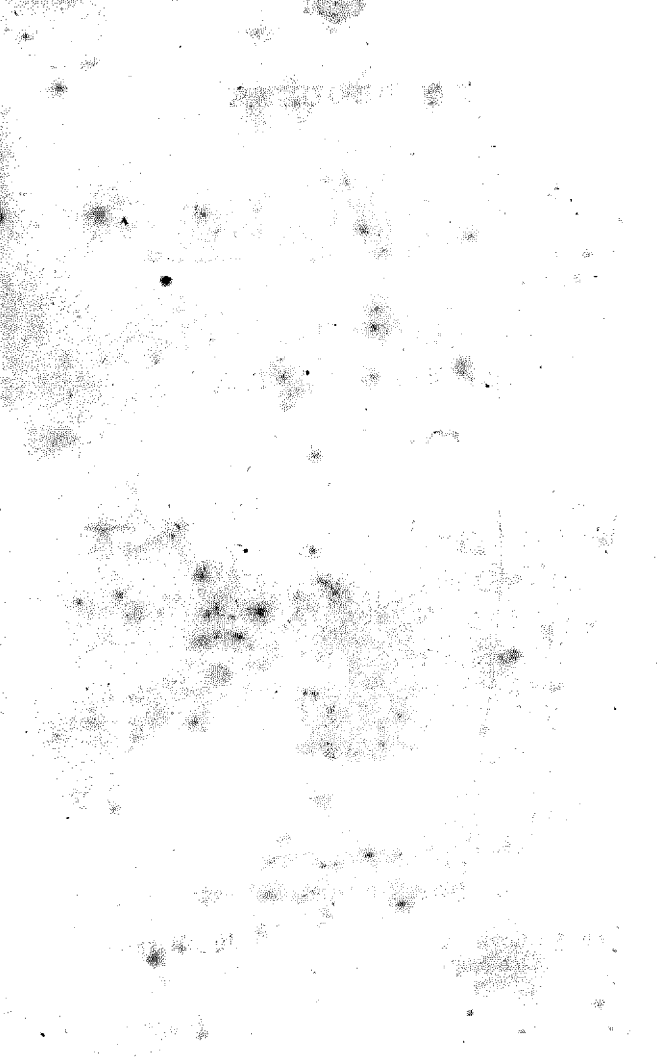
ESCRITA

por Mr. de Saint-Felix.



San Fernando.

Imp. y Lib. Española, á cargo de D. Juan Alvarez,
calle Real, número 47.—1857.



LA DUQUESA DE BORGONA.

I.

En una hermosa noche de los primeros días de abril, una joven señora de la corte escuchaba la lectura de una carta que madama de Maintenon acababa de escribir. El aposento en que se hallaban tenia una sencillez y un gusto esquisitos: era un cuarto colgado de damasco verde con listas doradas, las ventanas daban al parque: entre la chimenea y una pequeña biblioteca con vidrieras se hallaba un reclinatorio á los pies de un Crucifijo: era el cuarto de madama de Maintenon. La joven señora, despues de la lectura de la carta, pidió que se la dejase cerrar, y su *tia* se la abandonó sonriendo. Hé aquí el testo literal de la carta, dirigida al duque de Richelieu:

«Estoy loca de gozo, mi querido duque, «de tener que comunicaros el magnífico triunfo del duque de Fronsac. Jamás joven alguno ha entrado en la sociedad mas gratamente; agrada al rey y á toda la corte; todo lo hace bien; baila perfectamente, monta á caballo de un modo maravilloso; es cortés, «no es tímido ni osado, es respetuoso, sabe «seguir una broma, es de excelente conversacion; en fin, nada le falta, y aun no he «visto dirigirle una censura. En esta ocasion, «siento lo que soy para vos, porque experimento un estremado placer en oir alabarle, y en poder transmitir semejantes testimonios. Los debéis creer sinceros, señor, «porque sabéis que yo no soy adúladora. *La «señora duquesa de Borgoña dispensa una gran «de atencion á vuestro hijo.* Ayer mandé á «rogerle que viniera á verme, y quedé encantada de todo lo que ví. Es un verdadero prodigio. Gozad de esa felicidad, querido «duque, y creed que nadie os desea tanta como

«MAINTENON.»

—En verdad, *tia mia*, que esto es muy vuestro, añadió la joven señora, estampando un sello de armas sobre el lacre. El duque de Fronsac es un joven que os quiere tanto!

Madama de Maintenon tiró de la campanilla, se presentó un lacayo, y partió con la carta.

—Sabéis, repuso la joven señora, que vues-

tros proyectos para Marly son deliciosos? Mucho vamos á divertirnos: esas pequeñas tertulias de familia distraerán al rey.... No os parece bien pálido de algunos días acá? Yo me he atrevido á decirle que eso era alarmante: trabaja demasiado con M. de Ponchartrain.... Decidme, *tia* mia, no podríamos representar la comedia en Marly?

Madama de Maintenon, que buscaba algunos papeles en una cartera, respondió con bastante distraccion:

—Bien sabeis, querida duquesa, que no lo permitiría el rey. Sin embargo, se bailará; haremos loterías, y se jugará, pero con moderacion.... Los señores de Brissac, de Nangis y otros han dado tan mal ejemplo este invierno! Pero ¿creeríais, querida duquesa, que anteayer sorprendí al pequeño duque de Fronsac haciendo una apuesta muy fuerte por una carta?

—Dios mio! Ya podia hacer otra cosa mejor!

—Lo mismo le ha dicho el rey.

—El rey le habla á menudo.

—Seguramente; le ama mucho. Ese jóven tiene respuestas tan agudas, tan imprevistas...

—No sabeis la de ayer?

—Cuál?

—Habia reunion en mi cuarto para ensayar un paso. En esto llega M. de Fronsac, y al punto oigo bromas sobre él. Creo que aquellos señores hallaban su casaca demasiado sen-

cilla. «Qué quereis? les dijo Fransac. *Es una casaca de madrastra.*»

—Hé ahí una respuesta que no divertirá mucho á la duquesa de Richelieu.

—Sí á lo menos la corrigiese de su prodigiosa economía!

—Sin embargo, querida duquesa, madama de Richelieu profesa un tierno afecto al hijo de su marido, y debeis saber que se ocupa de él como de su propio hijo. Me ha comunicado un proyecto que prueba en ella una razon y un corazon escelescentes.

—Qué proyecto, tia? preguntó la jóven duquesa.

—Dios mio! ya lo sabreis, y aun nos secundareis, porque yo me mezclo un poco en ese negocio. Dispensais algunas bondades á M. de Fronsac; haceis muy bien. Pero es preciso probarle con un gran acto de razon, lo muy superior que es la protectora al protegido.

—En verdad que no os comprendo...

—Eh! Necesito decirlo? Queremos casar al duquecito.

—A él, á su edad, á los diez y seis años?

—La razon es adorable; á todas esas damas se ha metido en la cabeza que él no es mas que un chiquillo sin consecuencia... pero su madrastra y el duque de Richelieu opinan de otro modo. Fronsac es uno de esos jóvenes á quienes es preciso casar temprano,

so pena de no reducirlo jamás.

—Y quién le destina su madrastra?

—No sé si puedo decíroslo, querida duquesa.

—Entonces es preciso que yo lo adivine.

La madrastra quiere casarle con la señorita de Noailles su hija propia.... Es un hermoso partido! M. de Fronsac tendrá una mujer hechicera y de excelente carácter. Y consentirá el rey?

Madama de Maintenon creyó debía guardar silencio. Echó una mirada furtiva sobre la joven señora que le hablaba, y le chocó su animación. La tía, con su golpe de vista de admirable seguridad, comprendió al punto lo que no habría querido saber, esto es, que muy bien podía ser que la duquesa de Borgoña, mujer del nieto de Luis XIV, tuviera en el fondo del corazón una preferencia muy señalada por el joven duque de Fronsac, por aquel niño mimado de la corte. Así, sintió haber escrito la carta, y creyó prudente variar de conversación, cuando en esto se presentó un gentil hombre anunciando al rey.

Luis XIV á los setenta y dos años era el mas hermoso viejo de la época. Su cara, naturalmente grave, habia tomado una espresion de melancolía que el viejo rey trataba en vano de disimular. Su mirada no habia perdido aun nada de su viveza imponente.

El traia en la mano un alto baston de puño de oro. Cuando llegó al dintel de la puer-

ta de madama Maintenon, se quitó el sombrero, y la jóven duquesa de Borgoña corrió á su recibimiento, como de costumbre, llamándole *abuelito* con una gracia sencilla que embelesaba á Luis XIV. Este la besó en la frente, y pareció sonreír con la punta de los labios, sonrisa que solo las niñadas de su nietecita tenían la virtud de arrancarle. Madama de Maintenon le saludó como si estuviese en una presentacion, y tocó con el dedo una poltrona como para avanzársela, cosa que no permitió el rey, pues se apresuró á sentarse despidiendo al primer gentil hombre de servicio que le habia acompañado. La bella duquesa de Borgoña iba á retirarse tambien, pero un signo de madama de Maintenon la detuvo, porque el rey tenia ese dia un aire pensativo y era preciso distraerle.

—Hija mial le dijo el rey tomándole ambas manos.

Y la contemplaba con indecible satisfaccion. La jóven duquesa se sentó en un taburete de terciopelo á los pies del rey, y su hermosa cara reposaba sobre las rodillas del viejo, mirándole como para provocar una sonrisa. Madama de Maintenon, en pie al otro lado de la chimenea, aguardaba una palabra, pero el rey no se la dirigia: estaba de mal humor.

—Abuelito, dijo de súbito la voz melosa de la jóven duquesa, nos habeis prometido ir á Marly!

—Sí, hija mia, respondió Luis XIV. Madama lo ha comunicado ya á muchas personas (y designaba á madama de Maintenon). Sin embargo, debo advertir que no quiero nada que se parezca á una fiesta.

—Eh! entonces ¿qué será de todos nuestros ensayos del nuevo minué? exclamó la duquesa apretando las rodillas del rey.

—Un baile! un baile aun! añadió el rey.

—Señor, un baile de familia, dijo madama de Maintenon.

—Está bien; teneis razon; se bailará, repuso el viejo monarca.

Cerca del sillón en que estaba sentado Luis XIV, habia una mesa cubierta de terciopelo carmesí, sobre la que estaban dispuestos algunos papeles. El rey llevó á ella la mano como para volver á un trabajo interrumpido la vispera, tomó un pequeño mapa, y le echó la vista con un fruncimiento de cejas que revelaba su cólera concentrada: era la carta del Rhin. Sus cejas no se desfruncieron; la duquesa de Borgoña y madama de Maintenon se miraron, y el rey sintió deslizarse de sus manos la carta geográfica: era la duquesita la que se la quitaba con deliciosa malicia.

—Madama! dijo el rey. Hija mia! añadió con un tono de voz mucho mas dulce.

—Ah! dijo la duquesa. Vos sois rey, señor; pero ante todo sois el mas amable y el me-

jor de todos los padres, y me escuchareis un poco, puesto que os tengo sujeto.

—Vamos, hija mia, haz de mí lo que quieras: habla, hija mia.

—Querido abuelito, una sola pregunta: Es cierto que ahora quereis casar á todo el mundo?

—Estas loca, hija mia?

—Os aseguro que no, dijo la duquesa. Si llegan á casar á un jóven loco como M. de Fronsac, no hay razon para detenerse. Se buscará mujer para los pajes del rey, para los del Delfin, para los míos, para los jóvenes mas atolondrados.

A estas palabras, madama de Maintenon se puso encesa y pálida al mismo tiempo. El golpe estaba bien dirigido, sábiamente combinado con todos los atavíos de una naturalidad irreflexiva.

—En realidad, creo que tiene razon. Qué decis vos, madama?

Y se volvió del lado de madama de Maintenon. Esta habia tomado aquel aire de tristeza y dignidad que Luis XIV temia, y que acababa siempre por triunfar de su voluntad: madama de Maintenon á los sesenta y nueve años era aun hermosa, y hasta su misma palidez le sentaba bien; sus miradas tenian una espresion indefinible; se elevaban al cielo como las de la beatitud, y se bajaban hácia la tierra como las de la resignacion. El rey pareció interrogarla con los ojos, no sabiendo qué pen-

sar del interés tan vivo de la duquesa de Borgoña por Fronsac, cuyas travesuras no eran aun á los ojos de la corte mas que niñadas. Madama de Maintenon permanecia impasible; Luis no leía nada en su cara, é impaciente de aguardar, se puso brusco y soltó la mano de la duquesa que tenia en la suya, que era donde queria llevarle madama de Maintenon, y dijo:

—Eh! ¿qué importa, hija mia, lo que hagamos ó no hagamos de ese pequeño Fronsac? ¿Debes por eso aturdirme los oidos? En verdad que se trata de otra cosa bien diferente.

—Vamos, madama.... añadió la jóven duquesa saludando á madama de Maintenon, como para cederle el terreno.

Esta le devolvió la reverencia con mucha sangre fria y dignidad. Luis XIV se apoderó de los papeles esparcidos sobre la mesa, la duquesa de Borgoña salió del aposento de la favorita; cerráronse las dos hojas de la puerta, y nadie las abrió hasta la noche.

Los que asistieron al rey al acostarse, pretendieron que nunca habia estado de un humor mas irritable que esa noche.

II.

La mariscala, duquesa de Noailles, poseia junto á San German una hermosa residencia llamada la *Ménagerie*. La viuda del mariscal

era una mujer de corazon y talento por excelencia; á mas de cincuenta años tenia un carácter jóven, alegre, hechicero, y que en las ocasiones no carecia de firmeza y dignidad. Su amistad era franca, su conversacion insinuante, fácil, pero siempre leal. Vivía casi todo el año en San German, y solo iba á Versailles cuando el deber ó el bien parecer la obligaba, porque Versailles era para ella un grande y triste recuerdo. ¿No habia sido la amiga y confidenta de la reina María Teresa de Austria infanta de España, de esa gloriosa esposa siempre honrada por Luis XIV, pero á menudo abandonada?

Su casa elegante, situada en el bosque de San German, era el punto de reunion de la jóven corte. La mariscala tenia una gran fortuna, muchos amigos, una piedad sensata, amable y conciliadora: talento, instruccion, un modo independiente y enteramente personal de ver las cosas; en fin, vivia con inteligencia y libertad. Inútil es decir que madama de Maintenon, aunque le manifestaba mucha deferencia, no la amaba.

El sol acaba de desaparecer tras de los grupos de árboles gigantescos del bosque; un viento fresco agitaba las hojas de los pobos y los enebros, y los pajarillos de abril saludaban la venida del crepúsculo con sus últimas armonías.

Un gipeto, seguido de un solo paje, atra-

vesaba al gran trote las largas alamedas algo oscuras ya; y no queriendo pasar por San German, habia dado un gran rodeo por el bosque para llegar á la *Ménagerie*. Sus caballos estaban cubiertos de sudor; el caballero llevaba grandes botas de gamuza con sus espuelas, una casaca verde con galones de oro, un cuchillo de monte, un sombrero blanco con plumas rojas. Era jóven de formas esbeltas, ginete diestro, ardiente, y parecia distraido, ú olvidado del mundo entero por la idea que le perseguia: en fin era el hijo del duque de Richelieu, el jóven duque de Fronsac.

Tenia prisa de ver á la mariscala, que era prima carnal de su madrastra, en otro tiempo marquesa de Noailles.

Apenas llegó á la verja de la casa, abandonó su caballo á su lacayo: acudieron los criados, le anunciaron, y la mariscala envió á rogarle que aguardara un momento en un salon del piso bajo que daba sobre el parque. Fronsac iba y venia de uno á otro ángulo del aposento, hasta que al fin se presentó la duquesa de Noailles.

—¡Ah! señora mariscala!.... señora mariscala! exclamó Fronsac besándole la mano, y no le fué posible durante algunos minutos decir una palabra mas.

—Y bien, señor duque, amigo mio, ¿qué os ha sucedido? estais convulsivo, sofocado...

¿No seriais de las fiestas de Marly?.... ¿Habriais faltado esta mañana al tiro del faisan? Sentaos y hablad, si os quedan aun diez minutos de vida.

—No os burleis de mí, señora, ¡tengo tanto pesar!

—¿Vos, querido duque?

—Yo mismo. ¿Conque no lo sabeis? ¿No os lo ha dicho vuestra prima madama de Richelieu?

—Al contrario, sé que os casa con su hija la señorita de Noailles, y que vos rehusais... Todo lo sé.

—¡Cielos! con qué calma lo decís, señora mariscal!

—¿Qué quereis que os diga? Vos rehusais y haceis bien.

—¡Gran Dios! ¿Y mi padre?

—¡Bah! Ha pasado su vida regañando.... Vos sois demasiado jóven para casaros.

—Y el rey, señora?

—¡Os ama tanto!.... ¿Conque no podeis hablarle?

—¿Y la Maintenon?

—Ah! si ella se mezcla, es diferente; entonces la cosa es mas seria, y principio á compadeceros. Pero, hijo mio, parece que todos se han vuelto locos en Versailles. ¿Qué es pues lo que les habeis hecho?

—¿Yo, querida duquesa? Nada, absolutamente nada. Soy manso y sumiso como un

cordero; hago mi corte, bailo, cuento lo que quieren saber, y me hago cuartos por ser agradable; me festejan, me dicen que me aman, y hé ahí que una mañana me anuncian que es preciso ponerme una cadena en las manos y hacerme un marido juicioso, atento, fiel, económico, un verdadero padre de familia.... cuando no tengo mas que diez y seis años y apenas acabo de entrar en el mundo. Ahora no espero mas que en vos, que sois mi consejera, mi providencia... Oh! sed mi protectora, señora!

La duquesa de Noailles le miró con una compasíoa mezclada de una jovialidad inofensiva; le tomó la mano y le dijo:

—Querido duque, sois un gran culpable!

—¿Yo, señora?

—¡Cómo! ¿vuelveis locas por vos á todas esas damas.... hoy en 1744? ¡Vamos, vamos, caballerito!

—Eh! exclamó Fronsac con un enfado de encantadora fatuidad, ¿tengo yo la culpa de que se enamoren de mí?... ¿Conque es un crimen de lesa magestad el responder a las provocaciones? Llego, me festejan, están encantados de romper la monotonía de los hábitos serios con las travesuras de un chiquillo; me dejo seducir.... Preferiria ir á la Bastilla!

—¿Qué estais diciendo, hijo mio? Me haceis estremecer. Un solo consejo tengo que dáros, y es el que os calmeis, que seais pru-

dente, o mas bien que desaparezcáis por algunos dias.

—Gran Dios! dejar á Versailles! exclamó el jóven. ¡Alejarme de.... Versailles!

En ese momento, la mariscala sintió un movimiento convulsivo en la mano de Fronsac que tenia en la suya; comprendió al punto la causa, y repuso sin mirarle:

—Alejaros de Versailles, sí, querido duque. No teneis mas que vuestra edad, no lo han creído, y han hecho mal. Creedme, dejad la corte... pedid el servicio militar.

El duque de Fronsac bajó la cabeza y suspiró tristemente. Luego, de repente, dejando el canapé en que estaba sentado al lado de la mariscala, fué á colocarse en el dintel de la puerta vidriera que daba al parque, y allí, pensativo y con los brazos cruzados, contemplaba la hermosa luna que iluminaba todo el bosque. Madame de Noailles seguia hablándole muy amistosamente, y Fronsac escuchaba sus palabras como una dulce música que no puede curar, pero que adormece el dolor por un momento. La bondadosa mariscala le consolaba y reanimaba por grados; pero desgraciadamente pronunció demasiado pronto un nombre cuya fuerza eléctrica sobre el alma del jóven duque no conocia.... Fronsac se estremeció y entró en el salon, donde principió á pasearse á largos pasos. Madame de Noailles continuaba en sus dul-

ces observaciones, y su asombro fué grande al ver á Fronsac llevar la mano á la frente esclamando con desesperacion:

—Jamás, señora, jamás la dejaré!.... Pueden venir todos, los aguardo espada en mano!.... Los calabozos, las torturas, la muerte, todo me es igual....

—Desventurado hijo, callad por Dios! dijo la mariscala. ¿Si os hubiesen oído?

—Y bien; que me denuncien, repuso Fronsac con arrebató. Estoy cansado de vivir... el que me quite la vida me hará un servicio!

Duque, duque, replicó madama de Noailles corriendo á él para taparle la boca con su mano, en nombre del cielo, callaos!... La duquesa de Borgoña está aquí.

Apenas fueron pronunciadas estas palabras, se presentó en el dintel de la puerta una jóven, entró con magestuosa gracia, y señalándose en un canapé dijo:

—Y bien, mariscala: con que tantas cosas teneis que decir al señor de Fronsac que me olvidais en vuestro cuarto? Verdad es que os habia dado media hora. Señor duque, añadió, ¿qué hay de nuevo en Paris? ¿Se habla de algunas nuevas travesuras de los amigos íntimos del duque de Orleans? ¿Cómo va el pequeño abate Dubois?... ¿No hay nada divertido con que poder distraer al rey? ... Pero vos no respondeis!.... ¿Conque os habeis con-

sagrado al silencio?... sería lástima, caballero.

Fronsac, muy turbado al principio por la bella aparición, había recobrado su soltura habitual, pues estaba dotado de una admirable presencia de ánimo y de una grande flexibilidad de carácter. Sus fogosas pasiones eran como caballos desbocados, pero que sabía refrenar y detener enfrente del precipicio. Sentóse delante del canapé en que se había colocado la mariscala al lado de la duquesa de Borgoña, y en seguida estuvo amable, risueño, lleno de agudezas, contando mil nada divertidos que se le presentaban á la memoria como una alegre y brillante fantasmagoría. La conversacion, festiva y elegante, saltaba de un objeto á otro, desflorándolos, tomando mil matices, revoloteando en espiral, remontando su vuelo y abatiéndose al punto como un ave maravillosa.

El saloncito de madama de Noailles estaba iluminado por la luz de las bugías, y por la luna, que derramaba sus argentados rayos sobre el dintel de la puerta vidriera abierta de par en par. Del jardin venia una brisa perfumada de rosa y madre selva: todo sonreia en torno de la casa, y el ruiseñor de abril gorjeaba en notas perladas y argentinas su misteriosa cancion. Las historias del duque de Fronsac no interrumpian su curso; Paris era la mágica caverna de donde evocaba sus visiones. Jamás había estado la du-

quesa tan agradablemente bella, tan familiar ni tan amable; y no disimulaba su alegría de semejante tertulia que ella llamaba una fortuna de casualidad y que compensaba tantos bostezos ahogados bajo la etiqueta, tantos hastíos, tantas horas mortales de parada magistrosa. La duquesa de Borgoña parecía olvidar que á las once tenía que hallarse en el juego del rey, que eran ya cerca de las nueve de la noche, y que San German distaba de Versailles cuatro leguas.

Entretanto entró un dependiente de la mariscala y la dijo al oído una palabra que las otras dos personas no oyeron. La mariscala se levantó con precipitación, olvidando el pedir á la duquesa de Borgoña el permiso de dejarla, pero esta la detuvo por la punta del vestido, exclamando:

—Cómo! querida mariscala!

—Señora, respondió la mariscala, es de parte del rey.

Y salió para pasar al salon principal en donde la aguardaban. La duquesa de Borgoña palideció y se puso seria, pues su visita á la mariscala era un secreto para Versailles ignorado del mismo duque de Borgoña; echó una mirada á Fronsac, y comprendió como podian interpretar aquel encuentro las *hipócritas*, los *malévotos* y los *necios*. El peligro que corría la mariscala y las odiosas sospechas que podian pesar sobre ella, sobresal-

taron tanto á la jóven duquesa, que Fronsac corrió á tomar un pomito sobre un velador y se lo presentó. La duquesa estaba á punto de tener una crisis nerviosa; sus hermosos ojos parecían apagarse, y sus mejillas estaban blancas como el alabastro. Fronsac no osaba llamar, pues se lo habia prohibido ella con un ademán; sostenia el almohadon en que la duquesa reposaba la cabeza, y estrechaba su mano.... pero no habian cambiado una sola palabra; y en efecto, en ese momento toda palabra habria sido imposible. Entretanto, una brisa fresca que venia del jardin, pareció reanimar á la encantadora duquesa, la cual hizo seña de que queria salir, y Fronsac le ayudó á levantarse y le dió el brazo. La duquesa se apoyaba en él y andaba lentamente; la luna estaba magnífica, é iluminaba con su suave luz grupos de verdura y de flores, de manera que se sentia un encanto infinito en seguir sus rayos de plata á través de las calles de árboles. Fronsac, palpitándole fuertemente el corazon, sostenia el mas hermoso brazo del mundo; iban por una pequeña calle de rosales que desembocaba en otra mas larga; visitaron los castaños de Indias, y el cuadro de tilos floridos, y en fin, sin saber cómo, se ballaron dando la vuelta al jardin con un paso mas firme y la cabeza mas libre.

—Señora, dijo Fronsac con un acento muy

dulce, habeis vuelto en vos, gracias á este dichoso paseo que no olvidaré en mi vida.

— Mejor sería, señor duque, que no os acordáseis de él mañana.

— ¿Mejor, señora? Al contrario, yo creo que eso sería casi un crimen. Encontrar lejos de Versalles una bella aparicion como la que he encontrado, no es una felicidad de todos los dias ni de todos los años.

— Sin embargo nos vemos á menudo; el rey es muy bondadoso para vos, os ama y os distingue mucho.... O yo me engaño, ó llegareis á grande altura. No teneis mucha ambicion?

— Enormemente, señora, hasta la temeridad. Algunas veces, yo mismo me espanto de aspirar á tan alto; pero está echada la suerte, y morir aniquilado por el rayo me parece un fin bastante bello.

— Teneis entusiasmo.... cuidado que eso no perjudique á vuestros planes!

— A mis planes?.... Vos os burlais de mí, señora; una pobre cabeza ardiente como la mia.... un alma devorada formar planes!

En ese momento pasaban cerca de un grupo de rosas; Fronsac tomó una de las mas abiertas, y la arrojó deshojada sobre la arena del jardin, diciendo:

— Hé ahí mis cálculos, mis planes! Sucede con mi vida lo que con esas hojas dispersas, perdidas y marchitas!.... ¿Qué me importa

con tal que mi ardiente adoracion sobreviva á todo? No, señora, vos no podeis comprender esto, vos que sois tan eminentemente superior á toda pasion.

La duquesa de Borgoña bajaba la cabeza y no respondia, solo que, cuando Fronsac le pidió perdon por su lenguaje demasiado arrebatado tal vez, sintió que ese perdon le era otorgado, porque el hechicero brazo de la duquesa oprimió el suyo.

En ese momento el delirio invadió la cabeza de Fronsac, quien bincando una rodilla en tierra delante de la dama de su adoracion, y poniendo por testigos á todas las estrellas del firmamento, le juró consagrarla su vida y su alma inmortal.

—Levantaos, le dijo la melodiosa voz de aquella á quien amaba; levantaos! Los corazones sinceros no tienen necesidad de juramento para cumplir su palabra ó para persuadir.

A estas palabras, Fronsac llevó á sus labios la mano mas dulce y mas leal de todo el reino de Francia. Luego, entraron en el saloncito donde llegaba tambien en ese momento madama de Noailles. La mariscala tenia una espresion de tristeza que contrastaba mucho con los dos hermosos rostros que estaba viendo; traía un papel en la mano y estaba consternada.

—¿Qué es lo que teneis, querida maris-

cala? preguntó la jóven duquesa.

Madama de Noailles tuvo que sentarse, y con la mas viva emocion pronunció estas palabras:

—Querido duque, querido hijo mio, necessitais armaros de valor! No hay medio de resistir: el rey lo quiere!

Y entregó á la duquesa de Borgoña el papel que esta descaba ver con tanta impaciencia. Era el contrato matrimonial del duque de Fronsac con la señorita de Noailles hija de la duquesa de Richelieu. El contrato estaba firmado por los padres, por la señorita de Noailles, y por Luis XIV, que lo enviaba á la mariscala de Noailles con orden de hacerle firmar por Fronsac que él habia sabido debia ir á su casa aquella tarde. M. de Saint-Olon, gentil-hombre de cámara, llegaba de Versailles espresamente para eso, y estaba en el salon contiguo aguardando el contrato para llevarlo al rey.

Fronsac, en pie, inmóvil, estaba como aniquilado; la bondadosa mariscala lloraba; la duquesa de Borgoña, pálida y grave, se adelantó con paso seguro hácia una mesa en que se hallaban un tintero y plumas, puso sobre ella el contrato matrimonial, luego acercándose á Fronsac, le tendió la mano diciéndole:

—Vamos, querido duque, yo lo deseo....

Fronsac encontró la mirada celeste de la bella duquesa, se inclinó cual lo habria he-

cho ante un arcángel, y tomando una pluma estampó su firma.

—Señora, dijo entonces la duquesa de Borgoña á la mariscala, mandad decir al gentil hombre de cámara que entre.

Fué introducido M. de Saint-Olon, y cuando vió á la duquesa de Borgoña retrocedió pasmado.

—Caballero, le dijo la duquesa, ahí teneis el contrato matrimonial de M. de Fronsac firmado por él. Creo que yo tengo el derecho de poner tambien mi firma (lo que hizo en el acto la duquesa). Caballero, añadió, direis al rey que me habeis hallado en casa de la señora mariscala, y le hablareis de la profunda obediencia del señor duque de Fronsac.

El gentil-hombre de cámara tomó el contrato, y suplicó á la duquesa de Borgoña le permitiese el honor de escoltar su carruaje hasta Versailles. La duquesa aceptó y despues de despedirse de sus dos amigos montó sola en su coche de campo que seis caballos se llevaron al galope.

III.

Eran las once de la noche. El cielo se iba poniendo muy oscuro, una tempestad amenazaba á Paris. El duque de Fronsac espolcaba vigorosamente su caballo, llegó bien

pronto á la puerta de San Honorato; allí aflojó el paso, queriendo entrar tarde en su casa, cuando de súbito oyó tras de sí un gran ruido de caballos, y cedió la calzada, cuidándose muy poco del coche que llegaba á todo escape. Entonces pasaron unos piqueros con grandes hachones de resina; á estos seguían otros, y también algunos guardias á caballo rodeando una carroza. Todos los vecinos de la calle de San Honorato estaban á las ventanas, y Fronsac habia sido reconocido, porque vió á varios guardias volver atrás para cercarle. En su primer impulso de sorpresa, Fronsac llevó la mano á la espada, pero no tenia mas que un cuchillo de monte. El oficial que mandaba el piquete de caballería se acercó á él con sombrero en mano y le dijo:

—Señor duque, tened á bien aproximaros á la carroza, pues desean hablaros.

La carroza se habia parado, y una cara haciendo muecas se asomó á la portezuela y gritaba á los guardias y los pajes:

—¡Traedle! traedle!

Al oír esa voz chillona, ese tono impertinente, y al ver aquella cara de mono, Fronsac reconoció al pequeño abate Dubois. Este se hallaba en la carroza del duque de Orleans (que despues fué regente) con el mismo príncipe que volvía de Saint-Cloud.

—¡Pardiez! con que os tenemos aquí, señor de Fronsac! dijo el príncipe. ¡Es una fortuna

La Duquesa.—T. III.

Sois mi prisionero. Rendíos y venid á cenar con nosotros al Palacio Real.

—Monseñor, lo siento en el alma, respondió Fronsac, pero....

—¡Ah! ¿con que quereis obligarme á que os lleve á la fuerza?

Al mismo tiempo mandó abrir la portezuela de su carruaje; cuatro ó cinco guardias echaron pie á tierra, y Fronsac se sintió agarrar y desmontar sin tener tiempo de pensar en resistir. El duque de Orleans le recibió en su carruaje, que al punto se puso en marcha, y el pequeño abate se reía á carcajadas, y se pavoneaba sobre los almohadones. El príncipe regañaba muy amistosamente á Fronsac por su poca urbanidad, y le juraba que esa noche no hallaría en el Palacio Real mas que la mejor compañía, pues era un día reservado.

—Mi hija la duquesa de Berry será de los nuestros, añadía el príncipe. Os garantizo que habrá mujeres hechiceras y personas traviesas del *mejor tono*. Sé que os gusta á vos, señor duque, aunque perfumado de la moral de madama de Maintenon.

—Pero, monseñor, añadió Fronsac, mis botas, mi casaca de caza....

—Todo se remediará. Os vestirán mis criados. ¡Qué gazmoñal!... ¿Con que la vieja devota os ha frotado de etiqueta desde los pies á la cabeza?

El pequeño abate no interrumpia sus cajadas.

—¡Silencio abate! dijo el príncipe. Van á tomarnos por locos.

—Verdad es que somos unos cuerdos, replicó Dubois,

Entraron en el Palacio Real, y el preso fué entregado á dos ayudas de cámara del duque de Orleans, que en menos de media hora hicieron de él el mas apuesto doncel de Francia y de Navarra.

En esa época, las cenas del Palacio Real eran el preludio de las orgías de la regencia. Esas pequeñas fiestas nocturnas tenían un carácter de libertinaje que podia hacer presagiar lo que serian con el tiempo.

Los *roués* del duque de Orleans eran ya numerosos, y se reclutaban entre la juventud libertina, y formaban un partido tanto mas amenazador para la antigua corte porque poseía el secreto de atraerse á los que se rien de todo. Las desgracias de la época se atribuian á los gobernantes, sin exámen ni apelacion. París no podia perdonar á los desendientes de Enrique IV el haberlo dejado. A sus ojos, el crimen de Luis XIV era haber construido á Versailles; así, cuando hallaba la ocasion, se vengaba cruelmente del *gran rey*, con injurias amargas y con sátiras. Luis XIV era como el viejo leon de la fábula tendido magestuosamente en su antro real, pero

enfermo, arisco, y que no tenia de formidable mas que el recuerdo de su grande poder perdido.

El duque de Orleans principiaba á tener con cierta audacia su pequeña corte en el Palacio Real. El gran Delfin no era bastante conocido, pues se obstinaba en vivir en una especie de retiro monacal. En cuanto á su hijo el duque de Borgoña, por mas que hacian los *roués*, tenia muchos partidarios. ¿Qué no se debía esperar del discípulo de Fenelon y de Beauvilliers? Pero el duque de Borgoña, como heredero presuntivo, estaba retenido bajo los ojos del viejo rey: era de Versailles y jamis de Paris, y la popularidad, que le habria adoptado y adorado en seguida, no podia alcanzarle á través de todos los embarazos y todas las grandezas de la etiqueta. El duque de Berry su hermano era un jóven príncipe amable y bondadoso, pero enteramente extraño á los negocios, y se le atribuia una pasion desgraciada por su cuñada la duquesa de Borgoña. Verdad es que no amaba á su mujer y que estaba lejos de ser amado. En cuanto á esto, la duquesa de Berry, hija del duque de Orleans, se cuidaba muy poco de ocultar sus sentimientos. Esa jóven princesa, que era bella, pasaba por galante, como es sabido.

El rey Luis XIV la habia reprendido severamente en algunas ocasiones solemnes, y

como su preferencia por la duquesa de Borgoña era harto visible para no irritar en el mas alto grado á madama de Berry, las dos cuñadas eran enemigas juradas. En cuanto á madama de Maintenon, la odiaba, y era cordialmente detestada de ella.

Los principes *legitimados* principiaban á tomar una importancia desagradable en la corte. Con especialidad el duque de Maine era objeto de toda la ternura del rey, y esa preferencia exclusiva era obra de madama de Maintenon que le habia criado, por cuyo motivo la profesaba el duque de Maine una especie de devocion. El nombre de su difunta madre madama de Montespan no era jamás pronunciado; su vanidad era escesiva; era astuto, supersticioso, y aborrecia el partido de Orleans, aunque es sabida la timidez de carácter que mostró despues de la muerte del rey, cuando se trataba de luchar en el parlamento contra el pretendiente á la regencia. El conde de Tolosa su hermano era afable y de talento, pero vivia ajeno á toda intriga.

Tal era poco mas ó menos el personal de la familia de Luis XIV en 1711, es decir poco tiempo antes que la muerte viniera á cebarse en ella con una violencia sin ejemplo.

Las doce de la noche daban en el reloj de los RR. PP. del Oratorio. El barrio estaba sombrío y silencioso; las patrullas hacian

su ronda inútilmente, pues no habia en la calle un vecino borracho, ningun noble turbaba el reposo de las lindas muchachas de los alrededores, todo estaba tranquilo, y los regidores podian dormir esa noche á pierna suelta.

Algunas ventanas del Palacio Real que daban sobre el jardin, eran las únicas iluminadas, pero bien pronto se cerraron los postigos: eran las ventanas de los pequeños aposentos.

En un lindo aposento de forma ovalada, habia algunas mujeres hablando familiarmente entre sí. Ningun hombre habia sido introducido aun; sin embargo, habiendo sonado la hora convenida, aquellas señoras se pusieron una pequeña máscara de terciopelo negro que no les cubria mas que la parte superior de la cara, y que se creia las disfrazaba perfectamente. Eso bastaba para dar mas seguridad á las personas, mas libertad á la conversacion, pudiendo ruborizarse ó no á voluntad y sin que nadie pudiera notarlo. Abriéronse las dos hojas de la puerta dorada, y entraron algunos hombres sin ser anunciados, jóvenes y bellos la mayor parte de ellos, y todos elegantes y distinguidos. Por la soltura con que se presentaron se podia reconocer que eran familiares de la casa; el conde de Nocé, el marqués de La Fare, el duque de Brancas, el jóven conde de Fargy,

el caballero de Simiani, el marqués de Broglio, el marqués de Canillac, y otros que no recordamos. Como era *dia reservado*, no habia un *cómico* entre los convidados. En cuanto á las damas, su máscara negra era para ellas una garantia de calidad si no de virtud. Llegó Dubois, que habia añadido algunas cintas á su lindo traje de abate; traía abundancia de diamantes en los dedos y olía á vainilla desde una legua. Anunció que el duque de Orleans no tardaria en llegar con un preso que habia hecho cerca de la puerta de San Honorato. Escitóse vivamente la curiosidad de todos; rodearan al abate Dubois, le festejaron y acariciaron: pero estuvo incorruptible y no reveló nada. Era divertido verle agitarse con la viveza de la ardilla, en medio de aquella sociedad presurosa de preguntarle y atormentarle con agasajos.

—No, señora;—jamás, señora;—siento en el alma el no poder decíroslo, señora.

Dubois daba cara á todas, estrechando bellas manos que besaba con rara impudencia.

Entretanto se presentó el príncipe, acompañado de aquel hechicero duque de Fron-sac, que estaba hermoso como un Adónis esa noche. Habíale causado tal emocion la escena de San German, que aun estaba pálido; pero esa palidez era aun un encanto infinito y daba mucha dulzura á sus facciones tan finas, á sus miradas tan brillantes de ordinario.

—¿Cómo le hallais, señoras? dijo el príncipe presentándole.

—¡Es Fronsac! exclamaron las festivas convidadas.

—¡Qué lindo está! dijo una voz femenina.

—¡Qué tristeza! repuso otra voz.

—¡Qué le ha sucedido á este pobre chico? preguntó una voz hechicera á quien no tapaba la máscara celosa.

—Es verdad, querido duque, dijo el príncipe, ¡estais pálido!.... ¡Vamos, venga colorete! ¡Que me traigan colorete!

Trajeron una cajita de tocador; el príncipe la presentó á una de aquellas damas, y Fronsac recibió en sus mejillas carmín de la mano de la desconocida.

—¡Por vida de Baco! decía La Fare á sus vecinos. ¿Viene aquí para ser el dulce tormento de estas damas como lo es en Versalles?

—¿A qué diablos haber pescado en la calle este Narciso de la devota? decía el conde de Nocé á Dubois.

—¡Cuélgate, Fargy, amigo mio! exclamaba Canillac. ¡Es casi tan hermoso como tú!

Sabido es que el joven Fargy era de una figura encantadora y de un carácter excelente.

Anunciaron la cena; los hombres ofrecieron la mano á las damas, y pasaron al delicioso comedor, que parecía obra de un hada, pues era un primor de elegancia y lujo, que hacia se creyesen en una de esas mágicas

salas del palacio de los califas, de esos niños mimados de los genios y los encantadores.

Cuando todos se hallaron colocados, principiaron las conversaciones festivas, pero tímidas aun; pudiendo decirse que no osaban tomar su vuelo y cruzarse en todas direcciones según su costumbre. Cada cual se había colocado en donde le había tocado por casualidad, y Fronsac tenía á su derecha una máscara deliciosa por su elegancia y agudeza. La etiqueta estaba desterrada, el príncipe se había colocado en donde había podido; Cañillac y el hermoso Fargy ocupaban el centro enfrente uno de otro y presidian. La sala estaba iluminada por mil bugías y embalsamada de esencias; ya las miradas se iban poniendo húmedas y las lenguas torpes; el príncipe hizo la seña de costumbre en *semejante caso*, y los lacayos se retiraron y cerraron las puertas. Todo estaba acabado: bien podía arder París, caer las estrellas del firmamento.... la entrada de la sala del lado de las antecámaras estaba prohibida á toda criatura humana, so pena de una estocada tal vez. Fronsac tenía necesidad de aturdirse, y estaba muy resuelto á hacerlo, llegado el caso. Su traviesa vecina contribuía poderosamente á ello con el juego de sus miradas y la armonía de sus palabras. El príncipe le seguía con la vista y le aplaudía con verdadera cordialidad. El duque de Orleans, aunque con

todos sus vicios postizos, era un hombre amable en toda la estension de esta palabra; tenia tanto talento como cualquier otro, ciencia, gusto, el sentimiento esquisito del arte, y al mismo tiempo ¿se creará? bondad y cierta grandeza de alma. Luis XIV le conocia mejor que ninguno, pues que le habia puesto el apodo de el *fanfarron de vicios*.

Habia llegado el momento de la confusion de las lenguas. De la broma amarga, mordaz, acerada, las cabezas habian pasado á ese lirismo de la embriaguez, que es tambien una poesia. Reinaba entre los convidados la mas perfecta igualdad; uno de ellos lo olvidó por un momento y respondió con un *monseñor* al príncipe medio borracho que trataba de hablarle; todos se levantaron furiosos, con la cara inflamada de una indignacion báquica; declararon *traidor* á la república al que así habia hablado, y el culpable fué condenado á beber hasta completa borrachera. El condenado era Nocé, que bien pronto cayó por el suelo muerto de borracho. Las mujeres presentaban buen continente. La vecina de Fronsac habia tenido un vivo altercado con él sobre ciertas beldades de corte, y por algunas palabras no muy comedidas, Fronsac habia creido reconocer á la encantadora.... y ya no dudó de su nombre y rango, en vista del odio que descubrió súbitamente *contra* la duquesa de Borgoña.

—Os conozco, sirena, le dijo á media voz.

—¿Quién soy? preguntó esta.

Y se inclinaba con languidez sobre el hombro del joven duque.

—¿Tú? repuso este, tú eres una señora de muy elevada calidad.

—¿Soy bella? ¿soy fea?

—Tú eres espantosa para mí.

—En verdad que me vas á matar de pesadumbre, replicó la encantadora. Tú me crees fea decididamente....

Y ya llevaba la mano á su careta para sacársela, cuando todas las bugías se apagaron á un tiempo como por encanto.

Era una de las gracias inventadas por el príncipe para divertir á las damas en las pequeñas cenas. Cesaron las voces fuertes; las conversaciones principiaron á ser mas íntimas; á veces un ruido pesado anunciaba la caída de un convidado; el choque de los vasos, el destrozo de las porcelanas, el crujido de los sillones mezclaban sus ruidos discordantes con aquella extraña armonia.... la embriaguez estaba en su alegría delirante.

Entretanto, el joven Fronsac, que aun conservaba un destello de razon, buscaba con inquietud alrededor de sí, en la oscuridad, un medallón que no hubiera dado aun cuando le costara la vida. Esa prenda, que llevaba siempre sobre su corazon, se habia perdido, ó se la habian arrebatado. Fronsac habia pe-

dido muchas veces con instancia una bugia encesa, pero no habia tenido otra respuesta que carcajadas ó injurias grotescas, y continuaba buscando su talisman, de rodillas y palpando acá y allá en el suelo.

Sucedió que una de las paredes del comedor se tiñó poco á poco de un resplandor azulado como el de una luna muy pálida, y á muy luego principiaron á pasar algunas sombras. Durante la reunion se habia hablado mucho de brujería y alquimia, y la escena de fantasmagoria llegaba á propósito. Las sombras, grandes como fantasmas, se deslizaban en silencio por la pared. Aparecieron la Fortuna y el Belete dándose la mano; llegaron la Esclavitud y el Fanatismo; luego la Libertad con un casco en la cabeza y una espada en la mano; pasaron aun tristes sombras: aparecióse la Muerte despedazando coronas en sus manos de esqueleto y seguia el Destino recogiendo los despojos de las insignias reales.

En esas alegorías fantásticas habia algo de espantoso, y muchas mugeres gritaron asustadas:

— ¡Basta! ¡basta ya!

Durante la reunion habia amenazado estallar una tempestad; resonaron en el palacio truenos violentos, temblaron los cristales del comedor; y aunque los postiguillos cerrados interceptaban los relámpagos, la voz del rayo, superior á todo poder humano, rodaba con

un estrépito aterrador; retumbó de súbito un trueno inmenso.... que conmovió el palacio; oyóse en la sala tenebrosa un gran grito, y los lacayos acudiendo á la puerta que les estaba prohibido abrir, exclamaron desde la antesala:

— ¡Monseñor! ¡ha caído un rayo!

— ¡Vete con él al diablo! respondió una voz.

— ¡Monseñor, el rayo ha destrozado el techo! ¡el fuego se apodera de los aposentos!

Entonces fué preciso abrir. Bien pronto fué surcada la sala por los relámpagos; y al ver aquellos resplandores lívidos, los convidados se miraron unos á otros, espantados de sí mismos, ¡tan horribles los hacia el desorden y el miedo! Agolpáronse á las puertas dando gritos estridentes; algunas de las mujeres huían despavoridas por los corredores inundados por la violencia del huracan; otras, desmayadas, eran conducidas en brazos del primero que se compadecía de ellas; y muchas lograron llegar á sus carrozas en que se metieron pálidas como difuntas, con la ropa calada de agua, sus hermosas cabelleras desgñadas y sucias, la vista azorada y la cabeza delirando.

Un jóven se obstinaba desesperado en permanecer en la sala trastornada y desierta, buscando á la luz de los relámpagos entre los despojos del bacanal el fatal medallón.... y sus manos no encontraban mas que

porcelanas y vasos que hacian volar hechos pedazos, collares, mantillas manchadas de vino, plumas y flores que hacian trizas. De súbito oyó á sus espaldas una risa infernal que le hizo conocer la inutilidad de toda tentativa en busca de su talisman. Fronsac se volvió despechado, pero el espectro habia desaparecido.

Quebrantado de dolor, se dejó arrebatarse hasta la blasfemia, y lanzándose fuera de la casa maldita invadida por el agua y el fuego, corrió á través de las calles inundadas como un loco furioso que hubiese roto las barras de su jaula.

Tal fué el fin de esa linda cena dada al libertinaje elegante.

IV.

El dia siguiente á esa pequeña fiesta del Palacio Real fué uno de los mas hermosos de primavera. Los jardines de París, tan numerosos entonces, ostentaban su tierna y húmeda verdura. En esa época, se elevaban por todos lados grandes grupos de olmos, álamos y castaños, y separaban los grandes hoteles, los claustros y los edificios reales. Si París es hoy mas regular, entonces era mucho mas pintoresco. La arquitectura del siglo XVII, reemplazando las de la edad media y del Renacimiento, á lo menos habia dado pruebas

de una pompa mas grandiosa, habia demolido casas almenadas, torrecillas y castillejos para levantar palacios, lo que, en cierto modo, era edificar monarquias sobre ruinas de feudalismo; reemplazar al caballero con el gran señor, la cota de malla y el morrion con la casaca de terciopelo bordado de oro y el sombrero de plumas; era cambiar y no degenerar.

Como hemos dicho, el dia siguiente á la noche tempestuosa estaba fresco, sereno y delicioso, era un dia hecho espresamente para una fiesta de bodas.

Seis horas despues, acababan de tocar á vísperas; el sol poniente doraba las flechas de los campanarios de Paris; el crepúsculo principiaba á oscurecer las calles y plazas con esas tintas azuladas que tanto nos brindan á la dulce contemplacion. Entretanto, estaban agitados los alrededores de la calle de Richelieu y de la de San Honorato; habia mucha gente en las puertas y los balcones; se aguardaban muchas elegantes carrozas que debian venir al Hotel del duque de Richelieu antes de la noche cerrada, cuando de súbito resonó la voz del gentío, y cada uno tomó su posicion para ver mejor. Llegaba un volante, ligero, brillante y empenachado como un pájaro, con una antorcha en la mano izquierda, y en la derecha una enorme caña con puño de plata sobredorada y motas de

seda y oro, y sobre el pecho y la espalda un doble escudo bordado con las armas de los Richelieu y los Noailles. Seguíente varios piqueros á caballo, y un gran número de nobles cabalgaban detrás de la gente de librea y rodeaban una carroza dorada desde las ruedas hasta la imperial. A través de los vidrios, el gentío podía distinguir á los que se hallaban en el carruaje: la duquesa de Richelieu y la mariscal de Noailles ocupaban el fondo; entre ellas y algo adelante se hallaba una linda jóven cuya cabeza estaba ligeramente adornada con un velo de encaje y una pequeña corona de diamantes: era la nueva duquesa de Fronsac. Su marido estaba sentado en el delantero, dando frente á las damas, y saludando con maravillosa gracia á sus amigos que le felicitaban desde la calle y los balcones. La carroza que seguía á esa tenía las armas del cardenal de Noailles, de ese ilustre y santo arzobispo de París. Su Eminencia había dado la bendición á los esposos, su sobrina y su sobrino. Al lado del arzobispo, se hallaban en la carroza los duques de Richelieu y de Luxemburgo y un gentil-hombre de cámara enviado por el rey. Otros muchos y brillantes carruajes acompañaban á estos, y no faltaban en el cortejo señoras de nombres muy elevados: venían de la bendición nupcial.

El hotel de Richelieu (tan indignamente

entregado hoy á las grotescas prenderías de un rabino) estaba esa noche deslumbrante con sus bugias y flores. Los talones rojos pisaban sus mármoles y tillados; y en los espejos de los grandes salones se reflejaban caras nobles y hechiceras, talles divinos. La compañía era muy elevada y muy ilustre en casa del padre del duque de Fronsac, anciano quebrantado por el tiempo y la guerra, pero de un carácter vigoroso aun, gran señor un tanto muy severo á fuerza de razon, y que tal vez era demasiado desconfiado de la voz del corazon paternal que él tomaba por debilidad. En cuanto á la jóven duquesa de Fronsac, esta no disimulaba su alegría; ¡no habia adorado largo tiempo en silencio á aquel con quien acababa de casarse? No era una mujer bella, como se dice, pero sí una criatura encantadora, de una cara dulce y muy inteligente, de un talle elegante y una consumada distincion. Sonreía á sus amigas, y se sonrojaba con todo lo que le decian, como hacen todas las mujeres el dia de matrimonio, bajo el velo y las flores. En cuanto á su madre, madama de Richelieu, viuda del marques de Noailles, triunfaba en su gloria, y no habia medio de dudarlo, viendo el grande aire que tomaba en su imponente traje de brocado recamado de plata. Una señora estaba allí un poco triste, casi con las lágrimas en los ojos, mirando á su

jóven amigo Fronsac, era la bondadosa mariscal.

Entre los jóvenes de corte mas en moda á la sazón, habia especialmente dos que Fronsac miraba como sus amigos: el conde de Nangis, y el duque de Brisac. Nangis le llevaba la ventaja de una experiencia de seis ó siete años; Brisac era casi de su misma edad: ambos asistían á la boda. Eran cerca de las ocho de la noche cuando Brisac se acercó á su feliz amigo para despedirse de él.

—¡Ya! le dijo Fronsac.

—¡Eb! ¿no sabes que esta misma noche hay baile en Marly? le respondió Brisac. Apenas tengo tiempo para llegar. Estoy designado para un minué.

La cara de Fronsac se anubló súbitamente, como si le hubieran anunciado una grandísima desgracia; tomó la mano del duque de Brissac y se la estrechó añadiendo:

—¡Vé, amigo mio, parte para Marly!... ¡Tú no acabas de casarte!

Y sus dientes rechinaron de una manera espantosa. Brissac le devolvió su apretón cordial, y escapó.

Nangis, que también estaba invitado para Marly, no tardó en seguirle. Fronsac le vió salir, y le dirigió con la mano un adios doloroso.

—¡Qué fatalidad para ese pobre Fronsac! dijo Nangis á su compañero bajando la es-

calera. ¡Casarse hoy, el mismo día en que estaba designado para el segundo minué con nuestras beldades reales!

Como alguno le siguiese, Nangis volvió la cabeza y vió á Fronsac que estaba á seis pasos de él.

—¿Qué haces, amigo mio? le dijo.

El duque de Fronsac le hizo seña con la mano para que fuera á hablarle aparte. Allí le dijo algunas palabras al oído con un aire muy animado.

—¡No es posible! exclamó Nangis.

—¡Vé, mi querido conde, vé! le replicó Fronsac.

Y volvió á subir á los aposentos en donde aun se hallaban todos. Sin embargo, cada uno fué despidiéndose del duque y de la duquesa de Richelieu, y en menos de una hora quedaron desiertos los grandes salones, quedando solo la familia. Fronsac besó la mano á su padre y á su madrastra, y se retiró del aposento, dejando á su mujer á los cuidados de los padres que debían acompañarla hasta el cuarto nupcial. La jóven duquesa estaba aun rodeada de sus mejores amigas, pero bien pronto le fué preciso separarse de ellas.

Apenas eran las diez; la noche estaba magnífica, y las estrellas brillaban en el azulado firmamento. El aposento de los novios daba sobre el jardín, una media luz voluptuosa

iluminaba sus ricas colgaduras; un perfume de ámbar y esencia de rosa embalsamaba el aire; la brisa primaveral suspiraba en los grupos de lilas cerca de las ventanas, y un silencio misterioso reinaba en el casto aposento.

Un hombre, embozado en una ancha capa, bajaba una escalerita escusada, sin luz y guiado solo por sus manos. Cuando llegó á una puerta falsa que daba sobre el jardín, llamó á Jorge quedito, y este respondió:

— Señor, aquí estoy.

Precedióle Jorge, marchando despacito por las calles de árboles cubiertas de arena; ambos llegaron á una puerta secreta situada al extremo del jardín; la abrieron; hallaron una silla de posta, y montaron en ella Jorge y su amo. El postillon que estaba advertido del objeto de su viaje y del modo con que debía conducir sus caballos, partió sin ruido, y así que llegó á las afuera de la ciudad por la puerta de San Honorato, tomó el galope, y la silla fué arrebatada con la rapidez del viento.

V.

Madama de Maintenon daba á Luis XIV una fiesta de familia en Marly. El viejo rey asistia al baile, y habia entrado magestuosamente, serio como en un recibimiento de em-

bajadores. Sin embargo, espiando el juego de su fisonomía, se descubría una risita pronta á rizar sus labios, y de consiguiente se podía esperar que se divertiría esa noche, lo que alegraba ya á toda su familia, y hacía suspirar de contento á madama de Maintenon.

El palacio de Marly no existe ya; ha sido arrebatado como tantos otros, por el furor brutal de los demoledores del pasado, de esos albañiles que no pueden edificar nada en su lugar, porque no son nada ellos mismos. A dos pasos de Marly, ¿San German no es hoy un cuartel y una cárcel? ¡O Beocios!

En esa noche de abril de 1714, la noble familia de Luis XIV estaba reunida alrededor del glorioso abuelo cuya pesadumbre procuraba dulcificar. Era una fiesta elegante, pero sencilla y cordial. El rey, cuya alma se dilataba poco á poco, decía: hijos míos, y acababa por creerse otra cosa que un glorioso monarca.

Estaba sentado en el salón octógono cuya mágica arquitectura había sido creada por Mansard, y á su lado se iban colocando sucesivamente las jóvenes princesas de su casa, sus nietas y sobrinas. Una de ellas, entre otras, era amada del viejo rey, era la señorita de Charolais descendiente de Condé que recordaba á su abuelo por la hermosura de su cara y la nobleza del alma. Aunque muy

jóven aun, era tan distinguida, tenía tanto atractivo! Luis sentía un encanto infinito en hablar con ella, olvidando un momento la guerra y la miseria pública para respirar ese perfume de juventud y de candor que es una emanación celeste. La señorita de Charolais le contaba sus paseos y placeres de Chantilly: la pesca en los estanques, la caza al halcón, las noches de locuras y las fiestas de aldea. Una jóven fué á terciar en la conversación; estaba pálida, y á pesar del fuego de sus ojos, se veía que tenía la cara abatida. Luis XIV le tomó la mano, y le preguntó si estaba indispuesta.

—¡Yo! señor, estoy muy contenta, respondió.... Os veo esta noche con tan buena salud, y tan alegre, querido papá!

—Mi linda sobrina, dijo el rey á la señorita de Charolais, amad un poco á mi hija, pues no podríais creer lo buena que es.

A estas palabras, la bella duquesa de Borgoña se sentó al lado de la señorita de Charolais, y, como dos ángeles, siguieron hablando sencillamente con el viejo monarca.

El baile estaba brillante de placer y armonía, de oro y piedras preciosas. Formábanse las tandas en diversas figuras; el baile era elegante y noble; la etiqueta de Versalles estaba reemplazada por una libertad de buen tono, de matices delicados, siempre dueña de sí misma y de un tacto de admi-

nable seguridad: era la soltura de los grandes señores. Allí brillaban con todo el esplendor de la juventud y la hermosura, las dos mujeres de quienes hablamos, y otras princesas de la rama de Condé, la señorita de Clairmont y la princesa de Conti; luego, las duquesas de Mouchy, de Sabran y de Charost; las señoras de Chaulnes y de la Rochefoucauld. También estaba allí la duquesa de Berry, hija del duque de Orleans. Su linda figura era notable esa noche; sus diamantes causaban grande admiración; sus brillantes eran de una magnificencia régia, y los llevaba en sus hermosos cabellos rubios, en los brazos, en la garganta, en los hombros, en el cinto de su talle y en las guirnaldas de flores de su vestido. El rey había estado muy amable con ella, olvidando muchos pequeños *enredos* pasados. En cuanto á la duquesa de Borgoña, esta había devuelto á su concuñada cortesanía por cortesanía, pero sin familiaridad. El duque de Berry asistía solo al baile, pues su padre el Delfín se hallaba indispuesto, y el duque de Borgoña su hermano aun no estaba de vuelta de Fontainebleau. Los iniciados en las intrigas de corte observaban al soslayo á ese príncipe, de quien decían estaba perdidamente enamorado de su cuñada la duquesa de Borgoña; bailó con ella en la misma tanda en que el duque de Maine con la señorita de Clermont, el conde de To-

losa con madama de Muchy, y el jóven duque de Brissac con madama de la Rochefoucauld. Terminada la contradanza, sucedió que el rey mandó llamar á Brissac, y le preguntó con un aire distraído noticias del casamiento á que habia asistido. La duquesa de Borgoña que se hallaba presente, quiso levantarse, pero la señorita de Charolais la retuvo por la mano con afectuosa ternura, pues la pobre criatura sentia algun miedo en quedarse sola cerca del rey. Brissac, como hombre de talento, respondió muy brevemente; la duquesa de Borgoña estaba en extremo pálida

—¿Señora, estais acaso indispuesta? le dijo su concuñada, que se acercó en ese momento. Estais muy demudada!

Al decir estas palabras, la princesa tenia una espresion de ironía que partia el corazon; la duquesa de Borgoña se contentó con responderle sin mirarla: Que era sumamente atenta, y que su indisposicion era muy poca cosa, puesto que el próximo minué seria bailado por ella y por el duque de Brissac.

—Duque, dijo el rey, estás designado. Vámos, duque, tú eres digno de eso.

Brissac se inclinó y se retiró hácia un grupo inmediato á aguardar los violines. Eran cerca de las doce, cuando en el salón que precedia al del rey, circuló el rumor de que el duque de Fronsac acababa de llegar á

Marly. El hecho parecia inaudito, exorbitante por dos razones: Fronsac se habia casado aquella misma tarde, y ademas osaba entrar en el baile mucho tiempo despues de la llegada del rey y de los principes. Sus enemigos secretos principiaban ya á divertirse con esa estravagancia peligrosa, y aun no habia pasado la noticia al salon contiguo, cuando el jóven duque, hermoso como un ángel, entraba en los aposentos, con su traje de boda y brillante de oro y pedrería.

Cuando se presentó, Nangis y el marqués de Cavoye que le apreciaban, se lanzaron á su encuentro como para ocultarle con sus cuerpos.

—¿Qué haces? le dijo Nangis.

—¿Reflexionas lo que estás haciendo? añadió Cavoye.

—¡Pardiez! ¿creeis que he perdido la cabeza ó que soy un bestia? respondió con admirable aplomo.

Y estrechándoles las manos, pasó adelante para llegar hasta el salon del rey. Todos se apartaban para dejarle pasar, y le devoraban con los ojos, sufriendo unos por él, y esperando otros verle perderse: la curiosidad era estremada. Cuando llegó al salon principal, se levantó un murmullo de sorpresa y casi de espanto. Los principes se miraban entre sí muy pasmados; el conde de Tolosa, naturalmente muy bondadoso, estaba pronto

á tomar la defensa del pobre Fronsac, cuando una mano tocó la suya por detrás y le detuvo: era madama de Maintenon. El rey estuvo muy digno, como en toda ocasion; impuso silencio con la vista á la duquesa de Berry que se reía con amarga ironía, y antes de decir una palabra dió tiempo á Fronsac de aproximarse y hablar. El duque estaba muy pálido, tenía la vista baja, pero el continente seguro. El rey hizo un signo, y Fronsac se inclinó delante de él, y dijo:

—Señor, ningun acontecimiento, ningun poder humano podia impedirme el venir á Marly, cuando Vuestra Magestad se ha dignado invitarme.... Os suplico me perdoneis el llegar despues de Vuestra Magestad.

Reinaba entre los asistentes un profundo silencio. El rey echó una ojeada rápida á madama de Maintenon, que habia tomado un aire de enojo..., luego fijó su mirada en la duquesa de Borgoña, cuya emocion estaba á punto de revelarse; se volvió hácia Fronsac, y le dijo con calma:

—Duque, sé bien venido.

Estas dulces palabras fueron como un rayo brillante, que iluminaron de gozo todas las caras: solo dos personas palidieron de despecho.

Los violines anunciaron el minué, y el jóven duque de Brisacc fué á saludar á la duquesa de Borgoña, que se levantó serena,

dulce y bella, como un ángel perdonado, y bailó con mas gracia y magestad que nunca. El buen rey tenia los ojos rasados de lágrimas, le seguia con la vista, la felicitaba con la mano, y á veces, inclinándose hacia la señorita de Charolais, le hablaba de su *querida hija* con enternecimiento. La bella Condé sentia una inclinacion secreta á amarla mucho, y sin embargo ¿no habia sentido ya en su corazon los primeros síntomas de unos celos que mas tarde llegaron á ser una pasion tan fuerte? Desde ese momento, Fronsac habia tenido el secreto de agradarla, sin saberlo él mismo.

Era costumbre que despues de un minué, volviese el caballero á suplicar otra vez á la dama con quien habia bailado: esto se llamaba *devolver el minué*. Por una fatalidad inesplicable, el duque de Brisac olvidó esta ley del baile, y cuando los violines principiaron á tocar de nuevo, se le vió con asombro acercarse á madama de Mouchy. La duquesa de Borgoña estaba tan segura de bailar con él que ya se habia levantado. Fronsac se lanzó hacia ella, y saludándola con respetuosa gracia, le dijo:

—¿Me permitis, señora, que yo repare la falta de mi amigo Brissac?

Grande fué para él esa dicha, pero fué tambien una dicha deplorable. Madama de Maintenon se habia aproximado al rey, y le ha-

cia notar lo muy oficial que se hacia la pasion del jóven Fronsac. El duque de Berry hablaba de esto bastante alto y con mal humor; y la duquesa su mujer se burlaba en ese momento como mejor podia con algunos cortesanos. El rey se puso serio súbitamente, y cuando la duquesa de Borgoña volvió á sentarse á su lado, evitó el mirarla y no la dirigió la palabra, Fronsac estaba muy ébrio de triunfo para percibir ó temer nada, y habria desafiado á todos los reyes de Europa.

Con ciertas grandes pasiones sucede como con esos caballos demasiado generosos que se lanzan á través de la batalla: una vez hechos á los primeros cañonazos, á los primeros silbidos de las balas, parten como el rayo y arrebatan al ginete, ébrios de fuego y de gloria.

Terminado ese fatal minué, despues de haber cambiado algunas miradas con los mas hermosos ojos del mundo, Fronsac se sintió perder la cabeza, y se admiró de no hallar ya aquella fuerza moral que hasta entonces le habia sacado siempre victorioso. Brissac, que habia llevado sus propias excusas hasta los pies de la bella duquesa, se le habia reunido, y ambos pasaron á un saloncito contiguo en donde Brissac le tomó la mano y le dijo:

—Te doy las gracias. En el primer momento he tenido cólera; pero en realidad tú

has reparado mi falta. Ahora es preciso ocuparse de tí. Duque, ten cuidado, porque te volverás loco. El rey se retira, volvamos á París.... ¡Tu mujer, duque! ¡Piensa en tu mujer!

Fronsac solo le respondió con una de esas sonrisas que son intraducibles en ninguna lengua humana.

El rey se había retirado, seguido de madama de Maintenon, del duque de Maine y de otros muchos. Brissac y su amigo salieron del palacio, y se les reunieron Nangis y Cavoye. La noche estaba magnífica, y Fronsac dijo que su ayuda de cámara le estaba aguardando en un aposento del gobernador de Marly para cambiarle de traje. Sus amigos se echaron á reir de su vestido de boda que parecía abrasarle, y le dejaron para llamar á sus criados. Fronsac halló á Jorge, y en menos de diez minutos mudó de traje, poniéndose una casaca de caza y grandes botas con espuelas, y ceñéndose una espada. Dos vigorosos caballos le aguardaban detrás de un muro cerca del bosque, montó uno y Jorge otro, y ambos se dirigieron á paso corto por el lado de la larga Alameda que conducia desde Marly á Versailles. Cuando llegaron al bosque, tomaron por un lado del camino dejando libre la calzada, y marchaban cubiertos por la sombra de los árboles, porque la luna inundaba de luz la campiña.

Pasaron muchas carrozas precedidas de

piqueros armados de antorchas, que volvian á Versailles, pero Fronsac no abandonaba la marcha al paso, al abrigo siempre de los árboles.

— ¡Qué bella noche para él! ¡qué embriagadora brisa se levantaba, embalsamada de tomillo y espliego! ¡Y cómo ese noble y fogoso jóven levantaba los ojos á las estrellas y les daba gracias!

Oyóse el ruido de una carroza; la encrucijada del bosque estaba oscura por los gigantescos árboles que la rodeaban; volvióse Fronsac, y vió dos piqueros que venian corriendo con la antorcha en la mano. Fronsac sabia que ninguna otra escolta acompañaba la carroza; llegó esta tirada por seis caballos, y entonces metiendo él espuelas á su caballo se plantó de cuatro brincos á la portezuela.

En el carruaje solo habia una mujer, con la cabeza y los hombros cubiertos por un velo negro, y cuyos diamantes brillaban á través del velo. Su cara, de hechicera palidez, se dibujaba en un fondo de sombras que realzaban su blancura. Reconoció al caballero, y su primer impulso fué retirarse hácia el fondo del coche, pero el remordimiento ú otra cosa la hizo volverse hácia adelante. El caballero llevaba el sombrero en la mano, y escoltaba la carroza en silencio, tocando casi las ruedas y manejando su

caballo con maravillosa destreza. Sin embargo dirigió una mirada tan suplicante del lado del velo, que se posó sobre el terciopelo de la portezuela una mano blanca como el alabastro. Entonces el ginete se inclinó sobre aquella mano adorada, y la tocó respetuosamente con la punta de los labios, á riesgo de caer y ser destrozado por las ruedas. La mano no se habia retirado, pero le suplicaba que se alejara, lo que hizo al instante el ginete tomando un sendero á través del bosque para un largo viage.

¡Qué adios!....

VI.

El duque de Richelieu, encolerizado contra su hijo, habia escrito al rey y á madama de Maintenon, pidiendo una carta-órden, solicitando un calabozo en la Bastilla para el duque de Fronsac con el mismo empeño con que habria solicitado para él un regimiento. La duquesa de Richelieu habia caído enferma de pesadumbre, y no dejaba de ser causa suficiente la afrenta hecha á su hija. El rey, que tenia una predileccion por Fronsac, no podia decidirse aun con tanta severidad, y basta se resistia á las instancias de madama de Maintenon, amiga apasionada del duque de Richelieu. El interés y la benevolencia de la favorita por Fronsac se habian desva-

necido desde el día en que habia adivinado una inteligencia afectuosa entre aquel jóven y la duquesa de Borgoña, y habia hablado de esto al rey claramente, echando toda la culpa á Fronsac, porque Luis XIV no habria tolerado la menor censura contra su *querida hija*. Algunos enemigos del jóven duque aprovechaban la ocasion, y hablaban de él como de un niño peligroso, sobre cuyo concepto se habian equivocado, y que tenia ya todos los vicios y toda la audacia de un hombre corrido. Muchas buenas almas se enternecian con la familia de Richelieu, é iban á contar las pequeñas niñadas de Fronsac en el salon de madama de Maintenon. Sin embargo, así que se presentaba la duquesa de Borgoña, cesaba toda alusion de esa especie, y nadie pronunciaba siquiera el nombre del duque.

La carta del duque de Richelieu llegó á madama de Maintenon el día siguiente á la fiesta de Marly. La corte habia vuelto á Versailles, el rey leyó la carta seriamente y la devolvió á madama de Maintenon, y como esta insistiese en conocer sus intenciones, respondió su palabra de costumbre cuando le contrariaban:

—Veré.

Lo que entonces queria decir en boca del viejo rey:—Me fatigais singularmente, y me hareis un servicio en no hablar mas de eso.

Mientras esa pequeña aventura de corte

ocupaba los graves salones de Versailles, muchos jóvenes señores, que habian estado todo el dia en la caza de ciervos, se reposaban en una mala hostería de la carretera de Fontinebleau. Habíalos sorprendido la noche, sus caballos se caian de cansancio, y forzoso les habia sido detenerse á dos leguas de la ciudad, en la posada del *Faisan Real*, que era sin duda la mas miserable casa de los alrededores. Los cazadores habian llegado allí con mucho ruido de perros y caballos, el hostelero estaba en las mayores angustias, pues nunca habia entrado en su casa una compañía mas bella ni mas turbulenta; nada *bastante* bueno, nada *bastante* caro.... aquellos señores hablaban, comian y bebian como principes. Por fortuna suya, el hostelero tenia una hija linda y muy amable, pues sin esa salvaguardia, probablemente habrian pegado fuego á la posada. El vino de Fontinebleau no es de los mas fuertes, y el de el *Faisan Real* no era de los mejores ni de los mas añejos; pero la jornada y la cacería habian estado soberbias, la aventura de la taberna era picante, las cabezas de los cazadores estaban ardientes, y en cuanto á los ojos de la hija del hostelero, no podian citar otros mas bellos en Versailles. Cenaban en un cuarto contiguo á la cocina, que era la sala de honor de la casa, y tenia *credencias* del siglo XV cargadas de pesada vajilla de estaño. En me-

dio de la pieza había una larga y estrecha mesa, y alrededor estaban los convidados, bebiendo en vasos azules y comiendo con tenedores de boj. Abundaba la caza, y el hostelero no cesaba de traer anchas fuentes: asados y entradas, todo llegaba a un tiempo. En la cocina había gran fuego, y en toda la casa gran ruido. Esos francos bebedores, esos festivos nobles eran el conde de Nocé y el marqués de La Fare (dos amigos del Palacio Real), el conde de Deidie, oficial de los guardias franceses, el caballero de Simiani, el conde de Riom, coronel de un regimiento de carabineros, y algunos otros cuyos nombres importan poco. Esos caballeros no estaban en favor en Versalles, y tomaban alegremente su partido sin cambiar nada de su vida divertida. La corte era la inagotable materia de sus bromas, y se las apostaban á quien mejor glosaba la *antigualla*, como entonces se decia: era una lluvia de epigramas y equívocos. Según costumbre, despues de hablar mucho de la cacería, se habló de las noticias del dia, de *los Marly*, de la devota, de las señoras jóvenes y bellas, de las hipócritas y libertinas, del teatro, de las cómicas, de todo lo que trastorna los cascos de bebedores alegres. Era tal el ruido, que el hostelero y sus criados se volvian locos, y apenas se oyeron los grandes aldabazos que daban á la puerta. Fue un criado á abrir y volvió

á anunciar al posadero la llegada de un caballero.

— ¡Misericordia! exclamó el posadero. ¡Otro aun!

El extranjero estaba ya en la cocina, y sin mas ceremonia que si entrara en su casa, se sentó en un escaño cerca de la campana de la gran chimenea. La noche estaba fresca, el caballero empapado de rocío. La hija del posadero notó que era muy joven, muy bello, y muy esbelto, y cuando se sacó sus guantes, quedó pasmada de la blancura de sus manos; y como se hubiese parado junto á él inconsideradamente, el joven caballero, que la halló muy linda, la cogió por la cintura y le dió un beso. En ese momento pasaba el hostelero con el lomo de un corso asado.

— Obrad á vuestras anchuras, caballero! exclamó. Se ve bien que sois de la compañía de esos jóvenes nobles del comedor. ¿Tendriais á bien sentaros en la mesa con ellos?

— Yo viajo solo, dijo el extranjero; y no conozco á nadie aquí.

El posadero le echó una mirada escudriñadora, y quedó admirado de su gentil persona, especialmente del buen gusto de su casaca galoneada y de sus botas á lo escudero. Así fué que volvió al cabo de un momento, le preguntó si queria comer solo, y en vista de su respuesta afirmativa, le rogó

que aguardase que los señores de la sala hubiesen acabado, asegurándole que no tardarian en irse á dormir, porque muchos de ellos tenian ya los ojos encandilados y la lengua torpe.

—Ah! caballero, añadió, jamás he visto beber de esta suerte! jamás he oido semejante lenguaje! Son unos verdaderos diablos. Figúraos que casi han agotada mi bodega y que han comido como unos leñadores. En cuanto á todas sus palabras de infierno.... Dios los perdone!

Y al mismo tiempo el buen hombre hizo la señal de la cruz.

—¿Quiénes son esos viajeros? preguntó el jóven calentándose los pies.

—Son cazadores de ciervos, respondió el hostelero, unos nobles, pardiez! con casaca como la vuestra.

El extranjero pareció mas atento á los allos que resonaban en la pieza contigua. De súbito se oyó una voz báquica que entonó una copla de una cancion de calle muy en voga á la sazón.

—Ah! ah! dijo para sí el extranjero. Comienzo á conocer las máscaras.

Al mismo tiempo rogó al hostelero que le sirviese la cena al lado de la chimenea de la cocina, en el mismo sitio en que estaba, en lo que fué obedecido al punto, gracias á la solicitud de la linda jóven, que era la

nata del *Faisan Real* y de los alrededores. El jóven viajero principió á beber con una alegría instantánea, de manera que cualquiera habria dicho que la cancion le habia sacado de un melancólico amodorramiento. Bien pronto las conversaciones fueron arrebatadas como unas yeguas salvajes, despedazándolo todo, locas, implacables. Dos veces el extranjero estuvo para levantarse.... porque se acababan de pronunciar nombres muy caros á su corazon, y dos veces la linda mano de la hija del hostelero le habia suplicado que permaneciese tranquilo... Aquellos señores tenían una inagotable locuacidad injuriosa; se hallaban ya en el capitulo de las *malas mujeres de rango*, que, como es sabido, es una inagotable materia de glosa.

—Señores, exclamó un convidado, os propongo un brindis: A la virtud!

Todos prurumpieron en estrepitosas carcajadas, y bebieron por la virtud y por el reinado de las quimeras. Otro bebedor brindó por el diablo; bebieron á su salud á vaso lleno y de todo corazon, y luego llegó la le-
tania de las altas y poderosas damas galantes, que hicieron vaciar mas de una botella de vino y provocaron gritos de alegría. A continuacion de todos los otros, se propuso cierto brindis: el de la dama del medallon que, á pesar de la embriaguez, no fué nombrada. Esa alusion habia silbado como una

serpiente á los oídos del extranjero, quien se levantó con el vaso en la mano, y cuando fué propuesto el brindis, lo apoyó con estas palabras pronunciadas con atronadora voz: —Sí! por esa dama, honor y gloria de su sexo, á pesar de vuestros ladridos, perros! Como si hubiese estallado un trueno sobre la mesa, los convidados se levantaron y se precipitaron á la cocina en donde los aguardaba el duque de Fronsac en pie, con los brazos cruzados, y de espaldas al fuego. Entonces creyeron ver al diablo en persona delante de la enorme hoguera que proyectaba sus rayos sobre las negras paredes y las relucientes calderas de cobre. Aquellos estrños resplandores, aquellas caras encesas por el vino y la cólera, el profundo silencio que reinó de súbito; aquel jóven cuyas formas se dibujaban como las de un fantasma sobre el hogar inflamado: todo aquel cuadro fantástico causó un espanto mortal al hostelero, que se metió en un rincón. Fronsac y los convidados colocados en semicírculo delante de él, se miraron durante diez minutos, no hallando palabras que pudieran expresar bien su animosidad. En fin uno de los alegres cazadores exclamó:

—¿Nos habeis llamado perros?
—Verdaderos perros, respondió Fronsac, puesto que mordeis tan villanamente á una criatura tan noble y tan dulce!

—Repítelo, Fronsac! exclamó el conde de Riom con una voz de Estentor.

—Vive Dios, Riom, que me alegro de arrojártelo al rostro! replicó el ardoroso jóven. Tú no eres mas que un perro rabioso. En cuanto al medallón que me han quitado, tú me darás cuenta de él, puesto que tú lo has mencionado el primero.

Eronsac desnudó su espada, y todos hicieron lo mismo.

—Señores, señores! repuso Riom, esto me concierne a mi solo, y puesto que el duque de Fronsac me hace el honor de designarme, yo soy el que debe cortarle las orejas.

—Marchemos! dijo Fronsac. Y quede sobre el terreno uno de los dos!

Salieron en tumulto. La noche estaba hermosa, pero solo las estrellas daban alguna claridad. Eligieron el terreno, que era una praderita recientemente segada y contigua al camino que atravesaba el bosque, rodeada de árboles gigantescos. Dos de los convidados fueron nombrados padrinos de Fronsac, y los dos campeones se adelantaron uno hácia otro espada en mano. Riom se había desahispado completamente; en cuanto á Fronsac, este conservaba toda su serenidad, como acostumbraba en semejantes casos. Mas jóven que Riom y menos acostumbrado á la esgrima, aguardaba á su adversario, quien tanteó la espada enemiga y la halló firme y

bien segura. Entonces principiaron las estocadas, las fintas, esas maniobras tan admirablemente inventadas para matar á un hombre con método y elegancia; la noche burlaba las estocadas mejor calculadas, y á menudo daban estas en vago. Impaciente por un combate sin resultado, Fronsac partió á fondo, dirigiendo una estocada con vigorosa presteza.

—Bien, señor! exclamó Rion. Muy bien dirigida! Qué mano!

Al mismo tiempo, dando un quite, dirigió la punta de su espada sobre el brazo del jóven duque.

—Estáis herido, señor.

—Continuad! continuad! dijo Fronsac.

—No, vive Dios! replicó el otro.

—Cuántas palabras, por vida del demonio! exclamó Fronsac.

Y á pesar de la sangre que corría de su brazo, amenazaba tan bien al pecho de Rion, que este tenía dificultad en parar sus estocadas.

El lance habria sido muy serio sin un encuentro imprevisto. De súbito, viéronse los campeones rodeados de vivos resplandores: eran piqueros á caballo que traían hachones de resina y habían dejado el camino real para venir á separar á los combatientes. Reuniéronse á ellos los padrinos, y los campeones bajaron sus espadas. Entonces un hombre como de unos treinta años se apeó de

una carroza, y vino al prado, y todos reconocieron al duque de Borgoña seguido de sus pajes, que acababa de dejar á Fontinebleau para pasar á Versailles.

—¡Como! ¿qué es eso, señores? dijo. Un duelo por la noche, en el bosque! Esto es una ladronera!

Fronsac vendó su brazo con un pañuelo.

—¿Tú estás herido? dijo el príncipe.

En esto se volvió al marqués de Gamache, su paje, y le ordenó que hiciese montar al duque de Fronsac en la carroza de acompañamiento y que no le dejase hasta París.

—Monseñor, dijo el duque, yo me dirigia á Guyenne, á mi posesion de Fronsac; permitidme que prosiga mi viaje.

—Querido duque, repuso el príncipe, os son necesarios los cuidados de madama de Fronsac y de vuestra familia, y no os suelto. En cuanto á vos, señor de Riom, y á todos vosotros, señores, añadió, continuad vuestras cacerías sin pararos en la taberna. Yo debiera ser mas severo.... Adios señores.

Fronsac subió al coche de acompañamiento con Gamache que le vendó como mejor pudo. El pobre duque sufría mucho del brazo, pero mucho mas del corazon. Cuando llegó, suplicó á Gamache que le condujera á casa de su amigo Brissac, cosa que el capitán de guardias creyó podia hacer á pesar de las instrucciones de su señor.

VII.

Hacia algunos días que el rey se hallaba en Trianon, en donde descansaba de los trabajos de Versalles. Las noticias de Flandes eran mejores, pues el mariscal de Arcourt volvía á entrar en campaña con buen éxito, y Villars se retiraba.

Era una risueña mañana de abril, y Luis XIV, sentado en un sillón de terciopelo junto á la puerta vidriera de su cuarto que daba al jardín, miraba la hermosa verdura que tenía delante. Estaba pensativo, y de vez en cuando abría y cerraba un estuchito de marroquin que tomaba del ángulo de una mesa inmediata, y lo volvía á posar en seguida. El rey no oyó á una persona que entraba en su cuarto y se colocaba detrás de su sillón, y fué visible su sobresalto cuando de súbito oyó una voz que le decía:

—¿Habeis mandado llamarme, abuelito?

—Hija mía! respondió volviéndose con viveza. No sabía que estabais aquí, querida mía....

—Estáis tan absorto en vuestras reflexiones, señor! ¿No quereis que estemos hoy muy alegres?

—Bien sabéis que haceis de mí cuanto se os antoja, querida. Sentaos; tengo algo que deciros.

La duquesa de Borgoña tomó un anecho taburete y se sentó al lado del viejo rey, divirtiéndose en levantar y bajar los vuelitos de encaje de su abuelo. Todas esas niñadas agradaban al viejo, como es sabido; con su querida duquesa, podía olvidar un poco la magestad del trono, los negocios y los enredos de una dominación doméstica de que ya no era dueño de desembarazarse.

—Hija mia, dijo, conoceis mi tierno afecto hacia vos; verdad es que sois digna de ello bajo todos conceptos. Así, la conducta poco leal de vuestro padre el duque de Saboya hacia mí, no ha tenido ninguna influencia sobre mi corazón respecto de vos. El duque de Saboya se ha unido á mis enemigos; tal vez podrá costarle caro, pero vos no sereis mas ni menos querida de la Francia que es vuestra verdadera patria, y que será un dia vuestro reino.

—Abuelito, repuso la encantadora duquesa, eso ¿no huele un poco á sermón?...

—Teneis razon, querida mia, dijo el rey.

—¿Apuesto señor, á que acabais de trabajar con el señor cardenal de Noailles para la hoja de los beneficios?

—No, hija mia; pero acabo de despachar con los ministros.

—Es lo mismo; no se necesita mas para ponerlos serio. Yo he tenido siempre el honor de llegar despues de ese Torcy, ese Viosin,

y sobre todo despues de *vuestro feo tuerto* de Pontchartrain, á quien no puedo sopor-
tar.... ¿Teneis alguna cosa que decirme, se-
ñor?

—Sí; y hasta es alguna cosa seria.... Pero
¿qué medios hay de haceros oir la razon?

—Uno hay, señor. Hablemos de cosas gra-
ves sériamente. Con el talento que tenemos,
ó que al menos teneis vos, bien se puede
hacer así.

—Pues bien; querida mia, os diré que si
he de creer á ciertas personas, suprimiré las
fiestas de Marly.

—Admirable! Hé ahí lo que se llama pen-
sar fuertemente. Esa es una idea que solo
ha podido salir de una cabeza muy cuadrada.
¿Y la razon de eso, señor?

—La razon es que esas fiestas matan la
etiqueta, y la etiqueta es la salvaguardia de
muchas reputaciones.

—Vamos, señor, suprimamos las fiestas de
Marly; que no haya tampoco Trianon, ni viajes
á Fontainebleau. Encerrémonos en una abadía,
y que se acabe todo.

—Vais con mucha lijereza, bija mia. Las
personas que me hablan de reforma no son
mal intencionadas; se espantan quizás dema-
siado, es posible. Sin embargo, sabeis qué
ruido ha metido el otro dia la estravagancia
de ese aturdido de Fronsac.... Huir de su
casa un dia de boda, llegar á Marly con la

cabeza loca, con una quimera, y desaparecer despues para correr por esos mundos de Dios, no sé adonde!.... Eso es intolerable, tanto mas porque algunas veces se atreven á mezclar el nombre de mi hija en toda esa barahunda de intrigas. Conven, querida mia, en que es preciso que yo sea bondadoso y sufrido para no haberme incomodado. Pero oye lo mas serio. Esta mañana ha venido un sujeto á traerme este estuche que contiene una alhaja olvidada ó dada á una mujer en una cena del Palacio Real.... Esta alhaja, hija mia, es un medallon vuestro, es vuestro retrato en miniatura y engastado en diamantes, uno de esos retratos que dais á vuestras damas, á vuestras amigas.... la aventura me ha mortificado mucho. Un fatuo estravagante se habrá proporcionado este retrato, y habrá tratado de hacer alarde delante de los *roués*.... ya sabeis. Eso es de una rara impudencia, y M. de Argenson podria muy bien prender al tunante uno de estos dias, aunque ande oculto por el campo.

La duquesa de Borgoña, quedándose muy seria, cesó de jugar con los vuelillos de las mangas del rey, y tomando un aire muy digno, le dijo:

—¿Osaria preguntaros, señor, de quién os ha venido ese medallon?

—He prometido el secreto, respondió el rey.

—Entonces, señor, repuso la duquesa, Vuestra Magestad cumplirá su palabra, y no se hablará mas de esa picardía que me han querido hacer.

—No hablemos mas de eso, respondió el viejo rey.

Y devolvió el medallon á su querida duquesa.

Al cabo de dos minutos, anunciaron madama de Maintenon. El rey la recibió con aquella sonrisa de la punta de los labios que tan bien se parecia á la tristeza, y como la viese muy pálida y conmovida, le hizo algunas preguntas sobre su salud y sobre Saint-Cyr.

—Ambos van bien, señor, pero en este momento hay en Trianon alguno muy desconsolado y que merece toda la benevolencia de Vuestra Magestad.

—¿Quién es? preguntó el rey.

—El duque de Richelieu, respondió la favorita. Ha venido á buscarme en su dolor para suplicaros que le diéseis audiencia. Bien sabeis, señor, que es un antiguo amigo mio.

—Y tambien mio, madama, repuso el rey. Que venga, que entre.

Llamaron á un gentil hombre de cámara, y un instante despues el viejo duque de Richelieu, apoyado en su muleta, fué introducido á la presencia del rey.

—Duque, exclamó Luis, mucho tiempo hace

que no te he visto!

—Ah! señor.... dijo el viejo gotoso, queriendo besar la mano que el rey le tendia.

—¿Qué quieres, mi querido duque? repuso el rey manteniéndose en pie.

—Señor, vengo á pedirós yo mismo justicia contra un hijo ingrato, indigno....

Descontento el rey, principió á pasearse por el cuarto con agitacion. Madama de Maintenon daba su brazo al viejo duque de Richelieu, quo se apoyaba en él; y en cuanto á la duquesa de Borgoña, esta estaba sola y separada cerca de la puerta vidriera del jardin, de codos contra un jarron de porcelana y sufriendo mortalmente con esta escena. Al cabo de un momento de silencio, repuso el rey sin dejar su paseo:

—No ignoro, querido duque, los agravios de vuestro hijo hácia madama de Fronsac, hácia madama de Richelieu, y hácia vos.... pero ya sabeis mi repugnancia á intervenir en querellas de familia. En semejantes casos, soy avaro de las cartas-órdenes: la Bastilla no es una casa de correccion, sino una cárcel de estado. Sin embargo, castigaré al duque de Fronsac como merece: le desterraré á Guyenne....

—Ah! señor, dijo el anciano padre irritado, es todo lo que él pide. Despues del ultraje que nos ha hecho, ha partido por su propia voluntad para su posesion. Señor, si

soy severo con mi hijo, es porque le amo aun y no quiero, aunque sea á costa de su cabeza, verle criminal. Señor, su audacia es grande.... y Vuestra Magestad no ignora que en todo esto la maledicencia ha pronunciado un nombre ilustre.

Al oir estas palabras se paró el rey. Su cólera era visible; no podia fijar su mirada animadísima, y de vez en cuando pateaba el suelo con la impaciencia de la irresolucion. Madama de Maintenon guardaba silencio y bajaba los ojos, segun su loable costumbre cuando se trataba de arrastrar al rey á alguna medida extrema. De súbito, la duquesa de Borgoña dejó el ángulo del aposento y se adelantó hasta á tres pasos del rey, muy pálida y con una lágrima próxima á desprenderse de sus ojos. Hizo una profunda reverencia al rey, y le dijo:

—Yo debo retirarme, señor; pero si permitís á la que amais el daros su parecer, declarará aquí que hallaria soberanamente injusto que la severidad del rey interviniese en un debate de familia. Por lo que toca á mi nombre, está colocado muy alto para que puedan alcanzarlo las burlas ó la maledicencia.

El buen genio de Fronsac habia abandonado el aposento del rey, y madama de Maintenon y el viejo duque de Richelieu se quedaron allí largo tiempo aun, con lo que triun-

faron las frias consideraciones contra las dulces influencias de la prudencia. El rey acabó por creerse él mismo ofendido en la persona de la duquesa de Borgoña, y el duelo que pusieron en su conocimiento, acabó de decidírle.

Se dice que ese dia el aposento de la encantadora duquesa estuvo cerrado para todo el mundo, y que hasta el siguiente dia no vió mas que á madama de Ludre, que era su dama de honor y su confidenta.

VIII.

Despues de pasar cuatro horas en el hotel de Cossé, el duque de Fronsac juzgó prudente salir de Paris, pues sabia que su padre irritado andaba buscándole. Envió á Jorge á recorrer las cercanias de la ciudad para buscarle una casita bien retirada, y al oscurecer volvió y partió con su amo en uno carroza de alquiler. El carruaje tomó el camino de la calle de San Antonio; el tiempo estaba magnífico, y se ballaban tomando el fresco las mas lindas mujeres de las tiendas, sentadas en bancos delante de sus puertas, y Fronsac no podia menos de asomar la cabeza por la portezuela para sonreír á aquellas caras de grisetas tan picantes y tan cariñosas. Tal era su carácter impetuoso; no podia absorberle una grande pasion, á pesar

de que esta era muy intensa, muy ardiente y decidida á sobrevivir á todo.

El carruaje del jóven duque de Fronsac llegó sin tropiezo al extremo de la calle de San Antonio. En la plaza de la Bastilla estaba apostado un piquete de caballería, y unos exentos de policía hicieron seña al carruaje para que se apresurase, porque conducían un preso. Fronsac se asomó á la portezuela y vió pasar, á la luz de las antorchas, una carroza escoltada en que se hallaban el conde de Rion y un oficial agregado al servicio de la superintendencia de policía. Como si hubiese visto al diablo en persona, Fronsac se retiró hácia atrás diciendo á Jorge que avisase al cochero y le sacase de allí cuanto antes, pues tenía delante de sí la Bastilla con su aspecto imponente, erizada de torrecillas y puntas de hierro. Jorge quiso tranquilizar á su amo, pero este le dijo:

—Cállate!.... Ahí tienes mi duelo que de Argenson hace encerrar en un calabozo....

El coche llegó á la puerta de San Antonio. Allí se hallaban varios exentos, y uno de estos detuvo los caballos, mientras otro abrió la portezuela; Jorge llevaba una larga levita oscura con botones de seda, no traía espada, su mirada era benigna, el color fresco, los modales decentes; y de consiguiente podía muy bien pasar por un abate.

—¿Qué quereis, señores? dijo á los exentos.

—Suplicamos al señor abate que reciba nuestras excusas, respondió uno de los esbirros. Tenemos la orden de buscar á cierto sujeto.

—Yo no creo, señores, que ni mi discípulo ni yo estemos bajo el peso de una orden de prision. Permitidnos continuar nuestro paseo fuera de barreras, pues mi discípulo está algo indispuerto.

Cerrose la portezuela, y la carroza pasó adelante.

El duque de Fronsac estrechó la mano de su ayuda de cámara, sin osar aun despegar los labios, pero cuando el carruaje se puso de nuevo en marcha, ambos soltaron una gran carcajada. La Bastilla habia desaparecido como uno de esos castillos fantásticos que se ven un momento en las nubes, y que una ráfaga de viento barre y aniquila en el espacio.

Entre Villeneuve-Saint-Georges y Corbeil, esa deliciosa villita que parece bañarse en el Sena, hay un valle rodeado de grandes bosques, un retiro olvidado, pero risueño y modesto como esas jóvenes de las montañas que ignoran su hermosura. En esa época, el valle no tenía mas que un castillejo situado cerca de un arroyo que iba á perderse en el río, y estaba sombreado por altos robles. Hoy está poblado de casas de campo, muy lindas sin duda, pero harto numerosas para

no haber desencantado el valle. Jorge había tomado en alquiler para su amo todo el piso bajo del palacio de Crosne de los colonos encargados de su custodia, pues sus amos estaban ausentes por largo tiempo.

Cuando llegó la carroza, ya era noche cerrada. Despidieron al cochero y su carruaje; Fronsac pasaba por un jóven enfermo casi desahuciado, y los colonos y sus buenas mujeres estaban muy dispuestos á enternecerse por su suerte. Entretanto Jorge había tenido buen cuidado de abastecer en secreto la despensa y la bodega, calculándolo todo admirablemente para pasar allí quince ó veinte días al abrigo de los furros paternales y del superintendente de policía. Cenaron á puertas cerradas; la noche fué tranquila, y la mañana una fiesta de primavera. El jóven duque quiso visitar sus estados; pero antes de salir se puso en la cara una lijera capa de azafran lo cual le daba una ieterieia tierna y muy melancólica, y al verle pasar, las hijas del jardinero suspiraron de compasion. Habia llevado del hotel de Cossé algunos libros: las obras de Virgilio de que era muy apasionado, las Memorias de Retz que le hablaban de su tio segundo el *gran cardenal*, algunas novelas de Scuderi, Moliere y la *Fedra* de Racine. Con esos personajes podia pasar sin otros muchos; de manera que leía desde la mañana á la noche, unas veces tendido ba-

jo un cerezo, otras cerca del estanque. Un día, á eso de las cuatro de la tarde, vió venir hácia él un eclesiástico con el breviario bajo el brazo, el aire pensativo y la mirada baja. Era la primera visita que le llegaba durante una semana de retiro, y en ese momento se hallaba tendido á la sombra de un viejo sauce. El eclesiástico pareció tener miedo del movimiento brusco que hizo Fronsac, pero pronto se serenó al ver la dulce fisonomía del jóven, á quien tomó por el dueño de aquellas tierras y le hizo sus excusas.

—Señor abate, le dijo Fronsac, yo soy un enfermo á quien los médicos han ordenado el aire del campo. He alquilado una vivienda en este valle y me llamo Armando de Boissy.

El abate agradeció mucho una acogida tan cordial, y se puso á charlar con el enfermo, primero acerca de su mal, y luego sobre sus libros. Fronsac dijo que padecía una afección del hígado, y el abate que era instruido, le hizo doctas disertaciones sobre ese órgano del cuerpo humano. Fronsac vió que se había metido en una cátedra de medicina, y espantado, habló al punto de Virgilio; pero el abate sabía tres veces mas latin y griego que francés, y comentó al príncipe de los poetas como si estuviese en la Sorbona.

—Por vida de Baco! decía Fronsac para su capote. Si este hombre es mi vecino, voy á entregarme á mi padre ó á M. de Argenson.

Para detener las olas de versos latinos que el poético eclesiástico le echaba á la cara, le convidó á cenar. Desesperado era el partido, pero en semejantes casos se pierde la cabeza, y se arroja uno en una sima para evitar la lluvia. El abate rehusó, deshaciéndose en cumplidos, porque eran cerca de las cinco y ese día aguardaba á un cofrade que debia ir á visitarle en su casita de aldea á media legua de allí.

—Puede que háyais oido hablar de él, añadió el abate. Es un hombre muy distinguido y muy superior á mí por su rango y nacimiento; el señor abate de Polignac.

Al oir este nombre, el joven duque sintió enderezársele los pelos, pues el abate de Polignac estaba relacionado con el duque y la duquesa de Richelieu y veia mucha gente en Versailles.

—No tengo el honor de conocerle, respondió Fronsac afectando mucha indiferencia.

—Yo os le presentaré mañana, caballero, dijo el otro. Se alegrará infinito de conocer á un joven noble como vos.

—Por Dios! no me hagais ese honor, repuso Fronsac. Me espanta la vista de un desconocido, necesito soledad, me hallo en un estado de sufrimiento!... Creed, sin embargo, que he tenido sumo placer en encontraros, y espero que volveréis á verme, pero os ruego que vengais solo.

El abate se despidió de él con una rara urbanidad, y se alejó con su breviario bajo el brazo. Fronsac entró en el palacio donde contó su aventura á Jorge que juntaba las manos y se pasmaba de haber escapado de tamaño apuro.

—Por favor, señor duque, decia, fingiós aun mas enfermo; no salgais con tanta confianza, ó bien marchemos de aquí; salvémonos en Guyenne.

—Sí, replicaba Fronsac, para que el duque de Richelieu vaya á sitiarme en mi castillo á la cabeza de mis propios paisanos en nombre del rey y de la moral. Gracias, Jorge; bien reflexionado, tanto quiero arrostrar el latín del abate.

El dia siguiente, el jóven duque se contentó con no pasear por el jardin del palacio, pues la aparicion de la vispera habia hecho flaquear un poco su valor. Estaba sentado muy tranquilamente en un cuadro de verdura á los pies de una Flora de mármol, cuando vió venir á Jorge corriendo y sin respiracion.

—Señor, le dijo este con sofocada voz, señor, una carroza!

Fronsac se puso en pie como un hombre sorprendido por los lobos, y su primer impulso fué saltar el seto y huir por los campos; pero se detuvo, y al cabo de un minuto de reflexion se fué derecho al palacio, pasó á

su aposento, y se armó de una espada. La carroza se acercaba, ya habia llegado á la alameda del palacio, y por último se paró delante de las gradas exteriores. Fronsac, que oculto trás las celosias de su ventana, espiaba lo que pasaba, vió, en lugar de un oficial de la superintendencia de policia, una mujer elegante que se apeaba sola del coche, por lo que arrojó la espada y corrió á su recibimiento. La señora estaba ya en el vestibulo de la casa, y faltó poco para que el jóven duque cayese de espaldas al reconocer la cara y toda la persona de su mujer.

—Vos, señora! exclamó.

—Yo misma, señor; pero sola, tranquilizaos.

Pasaron al salon, y Fronsac, comprendiendo lo mucho que necesitaba de firmeza y presencia de ánimo, se preparó al combate con la mas perfecta cortesania, solícito, atento hasta la galanteria. La jóven duquesa de Fronsac estaba ese dia hechicera por su palidez y melancolia; sin ser hermosa, tenia una fisonomia espresiva y un cutis admirable. Sentóse en un sillón, y su primer movimiento fué llevar su pañuelo á los ojos y llorar. Fronsac se habia quedado en pie delante de ella, y se puso á pasear de un lado á otro por el salon. Sin embargo, era preciso llegar por ambos lados á las palabras, y ninguno queria principiar, hasta que im-

pacientado Fronsac, rompió el silencio, diciendo:

—Vuestra visita, señora, me encanta tanto como me sorprende. No os preguntaré quién ha podido indicaros mi retiro, pues probablemente no me lo diriais. Sé bien, señora, que teneis grandes faltas que echarme en cara; no ignoro que muchas personas me miran como un hombre muy peligroso, perverso, capaz de toda enfermedad; esas personas, sea dicho de paso, me hacen mucho honor. En cuanto á las mas razonables, las respeto infinito, y quisiera con toda mi alma recobrar su amistad.... Pero perdonad, señora, se trata de vos.... ¡Oh! sois ciertamente una criatura encantadora y noble, digna de todo afecto; esto soy el primero á confesarlo. Lo que me mata, lo que me parte el corazon, es el pensar que el marido que os han dado era precisamente el hombre que menos os convenia.... No, señora, yo no era digno de vos, aunque os admiro cual ninguno. Creo que en esa fatal ocasion he mostrado franqueza: pero mi padre y vuestra madre han estado implacables, han hecho intervenir al rey, y habrian llamado al mismo Dios.

¿Qué quereis? Nos han sacrificado á uno y otro.... Es una grande desgracia, que deploraré toda mi vida.

Fronsac cesó de hablar y continuó su paseo, y madama de Fronsac, que adoraba á su

La Duquesa — T. III.

marido, seguía ocultando sus lágrimas con el pañuelo, con el codo apoyado sobre el brazo del sillón. En fin, mostró sus bellos ojos llenos de lágrimas, los elevó hacia el cielo con interesante tristeza, y dijo:

—Continuad, señor. ¿Por qué no continuar?

—¡Dios mío! exclamó Fronsac. ¡Me estais partiendo el corazón, señora! Os juro que en este momento me estais haciendo muy desgraciado.

La joven duquesa se sonrió amargamente y respondió:

—¿Y yo, señor, qué diría?... Pero dejemos esto, añadió. Hoy se trata de vos: vuestro retiro ha sido descubierto. M. de Argenson ha mandado avisar al duque de Richelieu que iban á prenderos, y vuestro padre ha pedido una suspension de veinticuatro horas. He venido secretamente á preveniros de todo.... Partid, señor, partid al extranjero. ¡Dejadnos por mucho tiempo!.... ¡Dejadme!

Las lágrimas ahogaron su voz, Fronsac muy conmovido, se acercó á ella, le tomó la mano, y le dijo con una espresion parecida á la ternura:

—Lo que estais haciendo, señora, es muy bello.... y estoy hondamente conmovido. Sois un alma noble, una mujer tan distinguida como excelente. En cuanto á mí, inspiro mas compasion de lo que pensais, puesto que no puedo vivir digno de vos, al lado vuestro. ¡Oh!

señora, vos llorais.

En esto, hincó una rodilla en tierra y le besó la mano.

—Levantaos, señor, dijo la duquesa, yo no tengo nada que perdonar.... ¡soy tan desgraciada! Perdonar es tener un derecho, es ejercer un poder.... ¿Y quién soy yo para vos? ¿Y quién sois vos para mí? Cuando os casásteis conmigo teníais una pasión fatal en el corazón. No me lo habéis dejado ignorar: yo habría deseado romper nuestro matrimonio, á pesar de mi corazón; quizás habría podido oponerme yo sola á mi familia, y rehusar.... ¡No lo he hecho! ¿qué quereis? Esperaba en el porvenir, ¡cuando uno ama es tan crédulo, tan supersticioso! Se siente uno con tanta audacia, con tanta fuerza, que se le figura podrá atravesar caminos penosos y llegar á una region dichosa.... es uno tan loco, que todo lo espera, lo incierto, lo imposible.... ¡He ahí lo que me ha sucedido, hé ahí mi falta! ¡Necesito espiarla con lágrimas, en medio del mundo, ó tras las rejas de un claustro! Idos, os digo, señor de Fronsac, partid. Han preso ya á M. de Riom por haber soltado palabras injuriosas hácia la corte en una taberna y por su duelo con vos. Vuestro crimen es haber dado lugar á sospechas de galanteria; el haber poseído un medallon.... el haber tomado la defensa de una augusta princesa y desenvainado la espada por su causa.

—Señora, replicó Fronsac, vos olvidais mi crimen verdadero, que es el no tener amor á una mujer tan digna de ser amada como vos lo sois. Eso es lo que verdaderamente justifica la cólera de mi padre y la del rey. Este crimen, ó mas bien esta desgracia, creed que tambien yo la expio con crueles torturas, con esa fatal pasion cuya confesion forzoso me es hacer aquí.... sí, con esa quimera devoradora que me roe el corazon.

—¡Ay! exclamó la jóven duquesa estrechando la mano de su marido, os compadezco tanto mas, porque puedo servirlos de muy poca compensacion en vuestra desgracia. ¡Qué sacrificios de una parte! ¡qué gratitud de la otra! ¡Si comparásemos, quizás quedaríais asustado!

—Señora, dijo Fronsac mas calmado, la pasion no calcula, lo da todo y no prevé nada.

—Seguramente, repuso la duquesa, y eso es lo que me hace decir que vuestra desgracia es grande. ¿Sois amado?.... Y aun suponiendo que lo seais, ¿habeis sido solo, sin antecesores?

Acababa de mezclarse la acrimonia en esta conversacion que por tan dulces palabras habia principiado. Fronsac, herido en la cuerda mas sensible de su corazon, se levantó, volvió á su paseo por el salon, sonriendo con un despecho orgulloso, y respondió:

—Es muy posible, señora, que yo sea digno de vuestra compasion.... pero en fin lo

que decis no está enteramente probado... y...

—¡Amor propio, señor! exclamó la duquesa. ¡Ah! permitidme os diga que entonces creo menos en la pureza de esa llama devoradora de que me hablábais. Las pasiones de alma se hacen mártires sin vacilar, las de cabeza se sublevan á la menor picadura.... Espere-mos que os curareis algun dia, señor de Fronsac.

—Esperémoslo, señora, repuso Fronsac; y vos sois bastante poderosa para operar semejante milagro.

Y como sonriese al decir esto, la duquesa creyó que era una ironía, por lo que se levantó muy resuelta á partir. Fronsac le dió la mano; mientras la acompañaba, le daba gracias por su bondadosa visita y la nobleza de su proceder, prometiendo escribirle tan luego como hubiese pasado la frontera. Madama de Fronsac subió á su carroza, recibió un último adios de su marido, y partió con las lágrimas en los ojos. Cuando Fronsac volvió á entrar halló á Jorge ocupado en examinar un cajoncito.

—¡Jorge! exclamó. Ha echado á perder su causa queriendo defenderla demasiado bien. Te juro que ya principiaba á enternecerme...

—Señor, replicó Jorge, la señora duquesa es una mujer admirable; ved aquí lo que al apear-se me ha entregado para vos.

Al mismo tiempo abrió el cajoncito que te-

nia en la mano, y que estaba lleno de oro y piedras preciosas.

—Es para vuestra residencia en el extranjero, me ha dicho la señora duquesa.

Fronsac reconoció los diamantes de su mujer, y tuvo tal impulso de gratitud que estuvo á punto de hacerle correr tras la carroza; pero esta habia desaparecido ya. Entonces Fronsac dijo á Jorge que no guardase mas que el oro y partiese inmediatamente para París á fin de devolver los diamantes. El ayuda de cámara obedeció; Fransac se quedó solo en el palacio, y le sirvió la cena el jardinero.

La tarde estaba deliciosa: nunca mas hermosos rayos de sol poniente habian besado las cimas de las colinas; jamás brisa mas fresca habia rizado las praderas y las aguas. Fronsac, un poco repuesto de su viva emocion, se habia sentado á la mesa cerca de la puerta que daba al jardin, pues tenia necesidad de aire y del perfume de las flores. El dia iba declinando por grados, trajeron bugías, y dejaron abierta la puerta vidriera. Jorge debia estar de vuelta á eso de las once de la noche: dos eran las comisiones de que estaba encargado, la de los diamantes, y la de traer una silla de posta, porque Fronsac queria dejar el palacio de Crosne á media noche para pasar al extranjero, aunque no habia dicho nada de su proyecto.

El jardinero entró á anunciarle la llegada de un eclesiástico, y aunque esa visita incomodó al principio al jóven duque, como no eran mas que las ocho, esperaba poder despedir al abate antes que llegara Jorge. Entró el abate, y Fonsac, que se habia levantado para ir á recibirle, le convidó á cenar. El buen hombre aceptó, y ambos se sentaron á la mesa en frente uno de otro como unos verdaderos amigos.

—Hay que convenir, señor de Boissy, decia el abate, que mi buena estrella no podia guiarme mejor. Estaba muerto de hambre, venia de Villeneuve á pie y me dirigia á mi casa... ¡Qué deliciosa morada habeis elegido! Es el retiro del sabio....

La charla del abate inquietaba poco á Fonsac, que decia para sus adentros:

—Mañana bien puedes buscar una cena en otra parte, pobre abate.

—Os hallo algo triste, un poco pálido, caballero, añadió el eclesiástico. ¿Estaríais mas indispuerto que de costumbre?.... El bígado es un órgano que...

—¡Por Dios, señor abate! exclamó Fonsac, dejadme mi bígado tranquilo. Que ese órgano se organice si quiere, que á mí me importa un bledo, y lo que quiero es comer y beber hoy hasta hartarme.

—Pues bien; dijo el abate. Me gusta mas veros así, querido señor. La hipocondría es

una enfermedad de hombre estúpido; el hombre inteligente la doma y arroja de sí. Si hemos de morir, que sea con serenidad, ¿no es así? *Iustum et tenacem....*

—Sois muy sabio, señor abate, dijo Fronsac: ¡cuánto latin sabeis! Debiérais decirme en francés lo que habeis sabido de nuevo desde ayer mañana.

—No gran cosa, querido caballero, á no ser la lastimosa aventura de ese pobre conde de Riom á quien han encerrado en la Bastilla hace algunos dias. Dichos de taberna, el nombre de una gran princesa comprometido, una estocada.... en fin locuras de juventud: hé ahí las causas de ese castigo.

Fronsac, casi curado de su herida del brazo, creyó sentir que se le abria de nuevo en ese momento, pero tomando un aire de indiferencia, dijo:

—¡Diablo! Ese pobre M. de Riom.... ¿y contra quién se las hubo?

—Querido caballero, replicó el abate, mi carácter no me permite contaros mil pequeños detalles muy escandalosos. Sin eso, sabríais que M. de Riom está en mucho favor en el Palacio Real, con especialidad cerca de una muy alta y poderosa señora, parienta y enemiga de la señora duquesa de Borgoña, la cual es un ángel....

—¡A vuestra salud! dijo Fronsac. Vos hablais tambien como un ángel, querido abate: continuad.

—Si, es una adorable princesa....

—¡Adorable! repitió el joven duque suspirando.

—Y adorada.... añadió el abate.

—¡Bah! ¿Y por quién? preguntó el otro.

—¿No habeis oido hablar del pequeño duque de Fronsac?

—¡Bagatela! Vaya si he oido. ¿Y es él quien la adora? ¿Dicen que él es amado, querido abate?

—Pero.... vos conoceis lo que es el mundo; las opiniones andan divididas. Lo cierto es que ese pequeño duque de Fronsac, que es encantador, ha tomado virtualmente la defensa de la duquesa de Borgoña en una taberna, y que ha salido de allí con M. de Riom (medio borrachos los dos) para ir á matarse á la luz de las estrellas. El uno está en la Bastilla, y el otro anda por esos campos de Dios.... ¡A vuestra salud, señor de Boissy!

—¡Con muchísimo gusto! dijo Fronsac.

Y bebieron uno y otro sendos tragos.

—Vuestras noticias son muy chuscas, repuso Fronsac. Sin embargo, estoy seguro de que el pequeño duque sabrá salir bien del apuro.

—Tambien yo opino lo mismo, dijo el abate, aunque M. de Argenson tiene buenas narices, y emplea personas muy diestras....

Fronsac sintió correr por todo su cuerpo un pequeño calofrío, y solo replicó con un

buen trago mas echado al abate.

La noche avanzaba, Jorge no llegaba, el abate no cesaba de comer y beber, y Fronsac principiaba á tener alguna inquietud. En ese momento entró la hija del jardinero y dijo una palabra á M. de Boissy. El jardinero, muy sorprendido, estuvo para dejar caer los platos que tenia en la mano.

—Mil gracias, hermosa hija mia, dijo Fronsac dándole un brillante que llevaba en el dedo. Tu aviso es tan bueno como hermosa es tu cara.

La jóven se sonrosó y se escabulló. El abate habia perdido algo de su aplomo, porque los ojos de su huésped estaban fijos en él. De súbito entró Jorge como un loco gritando:

—¡Señor! ¡la casa está rodeada de sargentos y dragones!.... ¡Se han apoderado de la silla de posta que trata!.... ¡Salvaos, señor!

El abate se habia levantado al mismo tiempo que Fronsac. Entonces le vieron arrancarse su alza cuello, desabotonar su larga solana negra, y mostrar el uniforme de un oficial de alta policia.

—¡Miserable! exclamó Fronsac lanzándole una botella á la cabeza, que por desgracia no le acertó.

El duque corrió al salon contiguo, y se arrojó á sus armas. Por las ventanas no habia medio de salir, porque todo estaba cercado.

—¡A mí, Jorge! gritaba.

El fiel Jorge estaba ya en poder de los exentos. El finjido abate se habia desembarazado de su traje clerical, le habian traído una espada, y entró en el salon con ocho ó diez sargentos bien armados.

—¡Señor duque de Fronsac, dijo, daos preso en nombre del rey!

—Sí, desde que te haya levantado la tapa de los sesos, respondió el duque disparando una pistola cuya bala fué á despedazar la mandíbula de un esbirro de M. de Argenson.

Al punto rodearon al duque, y aunque este manejaba la espada como un bizarro caballero, tuvo que sucumbir. Le agarraron, le desarmaron y arrastraron á la silla de posta que Jorge habia traído tan desgraciadamente, y ambos fueron allí encerrados bajo candado. La policía habia sabido la visita de madama de Fronsac á su marido, y se habia dado la orden de anticipar el arresto veinticuatro horas, temiendo que se fugara.

La silla de posta y su escolta de ginetes partieron al galope, y al cabo de dos horas el jóven duque de Fronsac estaba encerrado en la Bastilla.

La mañana siguiente se dió esta noticia en Versalles; el rey estuvo de mal humor todo el dia; madama de Maintenon suspiró de satisfaccion, y el duque de Richelieu se calmó y convino en que la leccion habia sido demasiado severa.

IX.

Hacia mas de un mes que el hermoso preso de diez y siete años lloraba la pérdida de su libertad. Ocupaba un cuarto alto en la torre del Oeste. Aquella celda tenia doce pies de ancho y estaba amueblada con un lujo suntuoso para la bastilla; pues tenia una cama de madera blanca, una mesa de encina, un cofre para la ropa y tres sillas de paja. El duque de Fronsac estaba tratado como un preso de estado: á lo menos así se lo repelia mañana y tarde la cavernosa boca del llavero que venia á abrir y cerrar los cuartos. Jorge solo entraba en la Bastilla cada segundo dia, y no veia á su amo sin ser antes registrado, é iguales precauciones se tomaban antes de pisar el dintel de la última puerta de salida. Fronsac tenia una ventana guarnecida de enormes barras cruzadas, pero á traves de las cuales podia aun husmear el gran aire y saludar los rayos del sol poniente, de ese amigo del cautivo. Desde esa buharda elevada descubria todo el hermoso Paris y las azuladas líneas de las colinas en el horizonte. ¡San German, Marly, Versailles estaban allá abajo!... Veinte veces se lo decia al dia; se lo decia á las nubes pasajeras; á las golondrinas recién venidas, á las estrellas que caminaban al occidente,

y su corazón palpitaba, y sus manos nervudas se crispaban agarrando las rejas de hierro, y su alma que se sentía con alas, se indignaba del cuerpo y quería despedazarlo. Al cabo de algun tiempo, todos los presos se forman amigos extraños en el interior de su celda y aun en el exterior; es tanto el instinto y tanta la inteligencia que adquiere un hombre encerrado, que se convierte casi en un espíritu. Fronsac se quedó muy sorprendido una mañana, mirando una hermosa mata de alelíos silvestres que crecía entre dos piedras junto á su ventana, y se admiró tambien mucho de ver hasta qué punto le interesaba una hechicera gota de agua que la lluvia habia dejado sobre una flor de la planta. Aquella hechicera perla brillaba como un diamante; rodaba sobre el terciopelo del alelí á medida que este se balanceaba con la brisa, luego se volvía al centro de los pétalos, enseguida salía otra vez de allí, tocaba á los bordes de la hoja naranjada, pendía sobre el abismo y volvía al punto á su querida flor, como espantada de haber entrevisto los sombríos fosos á ciento cincuenta pies de profundidad. Fronsac decía para sí:

— ¡Si yo pudiese coger esa brizna de alelí! ¡si pudiese salvar del abismo esa hechicera gota de agua!.... Me parece que eso seria de buen agüero.

Y á fuerza de mirar la perla húmeda, á

fuerza de tener miedo por ella, lo tuvo por sí mismo, uniendo una idea de porvenir al destino de la pobre gota de agua; el infortunio hace á uno supersticioso.

Fronsac, harto preocupado de pasiones efervescentes, olvidaba el cielo para ocuparse de las quimeras del mundo. Pasaba la mano por entre las barras, la aproximaba á la flor con la misma precaucion que si tratase de salvar á un hijo; su pulso latia con violencia, su mirada estaba fija, y un frio sudor inundaba su frente.

—Si la gota de agua llegase á caer en el abismo! Si yo no pudiese salvar esa perla, imagen de mi vida delicada, en peligro de muerte!.... Oh! seria espantoso!....

En eso estaba, ahí habia llegado.

—Pero tambien, repetia, si la traigo sana y salva á mi celdita; si puedo ponerla bajo mi bocal de vidrio al abrigo del viento, al abrigo de la muerte por algun tiempo.... seria una grande felicidad! Qué presagio! qué bellos amores seguirán entonces á mi próxima salida de la Bastilla!

Pobre jóven! su mano tocaba ya á la flor, ya iba á romper delicadamente su tallo, la gota de agua temblaba, aunque aun estaba adherida á la pelusa de los pétalos, estaba ya salvada, cuando de súbito rechinó como Satanás el grueso cerrojo de la puerta; abrióse esta con ruido; la mano tembló,

la gota de agua se desprendió de la flor, despues de alargarse un momento para besarla aun, y aquel hermoso diamante fluido cayó y fué aniquilado en el espacio!

Fronsac dió un grito terrible, el llavero creyó que habia intentado lanzarse por la ventana y corrió hácia él; pero le tranquilizaron las barras solidas, y miró de mal humor al preso que se habia acostado sobre la paja de su cama.

—Por vida del diablo! dijo el hombre de las llaves inexorables. Me habeis causado miedo!

—Y vos me habeis hecho mucho daño! exclamó Fronsac.

—¿Yo? ¿os he tocado siquiera?

—Me habeis despedazado el corazon....

—¿Acaso os volveis loco? ¿os haceis malo? Cuidado, porque se os amarrará!

—Cómo! Verdugo! dijo Fronsac enderezándose sobre su cama.

—Vive Dios que se os va á amarrar!

—Amarrarme! repuso Fronsac arrebatado. ¿No es bastante tenerme enjaulado como á un leon, como á un malvado?... ¿Qué te he hecho á tí, lacayo de verdugo?

El llavero, que habia cerrado la puerta por dentro, se puso en estado de defensa, arriándose á un rincon del cuarto y sacando un ancho puñal. En el primer trasporte, Fronsac habia agarrado una silla y la hacia ar-

remolinar vigorosamente por encima de su cabeza; pero de súbito la posó al lado de su cama, y tomando una actitud resignada, dijo:

—Va, no temas nada. Vuelve tu puñal á la vaina; tú no eres mas que un bruto servil; obedeces, y no eres cruel sino por deber, ó tal vez por fuerza. No te romperé los huesos, y aun, si salgo, olvidaré.... Pero me has hecho mucho daño!

—La cabeza se va á pájaros, dijo para sí el llavero.

Al mismo tiempo posó sobre la mesa algunas escudillas, pan y un jarro: era la comida del preso Fronsac; tenia calentura, y se quedó en la cama hasta la noche.

Al dia siguiente, fué introducido Jorge en la celdilla de su amo, y el llavero los dejó solos, advirtiéndole al ayuda de cámara que el duque tenia rabia de dientes.

—No le temo, dijo Jorge.

—Haceis mal, repitió el llavero; porque os morderá!

Fronsac se echó á reir, y cuando salió el llavero, contó á Jorge la escena de la vispera sin decir una palabra de la gota de agua.

—Tened cuidado, dijo Jorge. El gobernador de la Bastilla tiene órdenes muy severas respecto de vos, segun dicen. Vuestro arresto mete mucho ruido, los malévolos y los cobardes dicen mucho mal de vos, señor.

—¿Y mi padre? preguntó Fronsac.

—Está triste, silencioso. La señora duquesa madre permanece fria, y la señora duquesa de Fronsac llora mucho.

—¿Y el rey?

—Me ha dicho el señor de Brissac que ni una sola vez ha preguntado por vos.

—¡El rey! ¡el rey! repetía Fronsac golpeándose la frente. ¡El rey que es tan grande y tan bondadoso! ¡Olvidarme en esta jaula infernal, cuando yo podía ir á morir por él en Flandes o en España!

—Señor duque, dijo Jorge, vivid mas bien para él en Francia. Ya saldreis de aquí....

—¿Qué dices, Jorge?

—Ayer he ido á Versailles.

—Qué feliz eres, querido Jorge! Tú has visto á Versailles! Qué encanto el de Versailles!

—Se diria que el señor duque no le ha visto mas que una vez!

—Tienes razon, amigo mio, no se vé bien mas que una vez, y esa vez no vuelve mas del mismo modo.... Ese dia es tan bello, que no vuelve á aparecer en este mundo. Prosigue.

—He hablado á varios oficiales del servicio interior. Un piquero de la señora duquesa de Borgoña me ha dicho que habia llevado muchas cartas al señor duque de Richelieu.

—Es un ángel de bondad! exclamó Fronsac. Pero mi padre es inflexible.

—¿Creeis que quiera teneros aquí toda vuestra vida?

—No, pero quizás durante toda la suya, cuando menos....

—Ah! señor duque, la visita que recibisteis en el palacio de Crosne podia arreglar muchas cosas. ¿Con que tan fácil era dejarse seducir por una mujer encantadora como la vuestra, señor duque? No me quitarán de la cabeza que todo estaba arreglado, y que vos volváis á estar en favor en Versailles, si hubiéseis querido ser un marido ó un amante en vuestro retiro.

—Tal es tambien mi opinion, dijo Fron-sac; pero, amigo mio, dejemos esa materia. Lo que está en mi corazon es muy mio, y nada tiene que ver en ello todos los reyes del mundo. No me has dicho una palabra de mis amigos, especialmente de mi querida mariscala.

—La señora duquesa de Noailles visita á menudo á la señora duquesa, y la consuela como mejor puede, habiéndole de vuestra próxima libertad. Ayer me ha hecho el honor de hablarme largo rato de vos, y me ha preguntado á qué lado daba la ventana de vuestra celdilla. Yo se lo he explicado todo.

—Bondadosa mariscala! ¿Y mi antejo de larga vista, Jorge?

—Monseñor, victoria! He burlado la vigi-

lancia del carcelero, y traigo conmigo vuestro anteojo marino!

Fronsac estuvo á punto de abrazarle. La posesion de un anteojo de larga vista era para él un tesoro: acortar las distancias, reconocer los monumentos lejanos, los transeuntes, no era hallarse sepultado en una tumba, era si estar sujeto en la cárcel por una cadena, pero poder alargar esta á voluntad.

—Es admirable! exclamó.

Al mismo tiempo abrió el anteojo, y con una alegría delirante dirigió el punto visual sobre todo el horizonte y todos los barrios de Paris, mientras Jorge estaba en acecho por si llegaba el carcelero.

Trascurrian los dias como sombras pálidas; el preso habia obtenido el permiso de respirar el aire libre sobre la plata-forma que coronaba la torre, rodeada de almenas y troneras. Fronsac pasaba horas enteras mirando á las golondrinas revolotear por encima de su cabeza, ora rozando las almenas y desapareciendo, ora atravesando la plata-forma como flechas vivas. Sus momentos de paseo estaban marcados, y dada la hora venian á buscarle implacablemente para llevarle á su encierro. Sabia que otro preso le precedia ó seguia *al jardin*, segun su espresion hablando de la plata-forma; pero jamás se habia encontrado con él: porque los llayeros eran de una cruel severidad y de una discrecion

á toda prueba.

Un dia, Fronsac concibió la idea de escribir al ser desconocido que iba, como él, á respirar el aire en la plata-forma, y colocó su billete sobre el banco de piedra, cubriéndolo con algunas yerbas arrancadas de las junturas de las piedras. Dos dias despues halló en el mismo sitio la punta de un pañuelo bordada con una cifra. El preso no tenía tinta, pluma ni papel, lo que hizo creer á Fronsac que guardaban mas rigor con aquel que con él mismo, y le arrancó una lágrima. Luego le escribió estas palabras:

«Hallaréis un lapicero y papel en la rendija de la tronera que mira al mediodia.»

Algunos dias despues estaba establecida una correspondencia. El buzón de las cartas estaba elegido con mucha discrecion, pues aquella tronera tenia grietas capaces de ocultar diversos objetos. Fronsac se admiraba de la hermosa letra de su compañero de infortunio, y especialmente del laconismo de sus billetes, cuando él le escribia páginas enteras. Quejóse de esto, y le respondieron de un modo mucho mas laconico aun, pues no había sobre el billete siguiente mas que estas tres palabras:

«Me llaman bruja.»

—Una mujer! exclamó Fronsac.

Y ya su cabeza viajaba por el reino de las quimeras. Suplicó á la bruja que se explicara,

y para ponerla á prueba, la interrogó sobre su vida pasada y futura. A lo que le respondieron:

«Vos no amais mas que lo imposible, habeis querido principiar por donde otros concluyen. El corazón del soberbio será despedazado de dolor. Mas os hubiera valido permanecer en vuestro encierro que ir á ver las pompas fúnebres á que asistiréis. No volvais á escribirme. Si hallasen esta carta, quizás me quemarian viva en la plaza de Grève.»

Fronsac no pudo dormir la noche siguiente; se paseó por su celda como un fantasma, y á menudo volvía á leer á la luz de la lámpara la carta terrible cuyos caracteres le parecían rojos de vez en cuando. En un momento de terror la quemó; las cenizas fueron arrebatadas por el viento que soplabá por entre las barras; Fronsac las vió revolotear por encima de su cabeza como unas aves fúnebres, y su cara se inundó de un frío sudor. Acometióle una calentura violenta, y á la mañana siguiente, cuando llegó el llavero, le vió tendido sobre la paja de su cama, dando diente con diente de escalofríos. Llamaron á un médico, y llegó también Jorge, que juzgó á su amo demasiado enfermo para no correr á avisar á los amigos poderosos del duque. El duque de Richelieu habia partido para una posesion lejana con su mujer y la duquesa de Fronsac, á quien habian llevado

casi á viva fuerza. Aquella pobre señora adoraba á su marido; su pasion era tiernisima, orgullosa y resignada á la vez.

En la noche, volvi6 Jorge que llegaba de Versailles á galope, y dijo que habia visto á M. Fagon, médico de la corte, el cual pediria permiso al mismo rey para penetrar hasta el duque de Fronsac. M. Fagon cumplió su palabra, porque á eso de las diez de la noche se oyó un ruido de cadenas y cerrojos, se bajó el puente levadizo de la Bastilla cayendo pesadamente sobre las enormes adrajas del foso, y entró en el fuerte una carroza. Ese acentecimiento era casi inaudito: un papelito traído del cuarto del rey habia bastado para hacer caer aquel formidable aparato que hubiera resistido al cañ6n. Era M. Fagon que llegaba. Recibi6le el gobernador y se ofreció á acompañarle hasta la celda del preso. Fronsac no tenia ya delirio; á su crisis nerviosa habia sucedido una grande debilidad; estaba muy pálido, con ojos muy lánguidos, y así que percibió la cara serena, la peluca magestuosa, la holgada casaca negra, toda la persona del doctor, le tendió las manos y sonrió cual se sonríe á un amigo cuya vuelta no se espera ya. Fagon se aproximó á la cama, y cambió con el enfermo dulces palabras; pero el gobernador estaba presente. El preso fruncia las cejas de vez en cuando y tenia impulsos de impaciencia que

no se escaparon al doctor. Este, comprendiendo todo su poder, se levantó, y dirigiéndose á M. de Bernaville le dijo:

—Señor conde, el confesor y el médico tienen privilegios que el mismo rey respetaría en las ocasiones.

—Os comprendo, respondió el gobernador irguiéndose y poniendo la mano sobre el puño de su espadon.

Y se retiró precedido de la linterna del llavero. Jorge salió tambien.

—Mi querido duque, dijo Fagon cuando se halló solo con el enfermo, ¿qué es lo que hemos hecho, Dios mio! ¿Por qué os han dado semejante alojamiento?.... Pero estais enfermo, y debemos pensar en curaros.

En seguida Fagon se sentó á una mesa de roble y escribió una larga receta. Hecho esto, volvió al lado del enfermo.

—Doctor, decia Fronsac, ¿creeis que quieran dejarme morir aqui?.... Sin embargo vuestra visita es un feliz presagio! Doctor, os ruego que digais al rey que se padece horriblemente en este cuarto en que me veis... Habladle de mis rejas, de mis muros de seis pies de espesor, de esta cama de paja.... Habladle de mi cárcel como de una bodega del infierno.... Decidle que es cien veces mas cruel ahogarme aqui gradualmente, dia por dia, que mandar cortarme la cabeza.

—Eso es lo que no le diré, replicó la voz

dulce y grave de Fagon. Mi querido duque, si el león os oprime el brazo, acariciadle la pata en lugar de querer forzarla. Además, vos conocéis al rey ... es severo contra su voluntad.... sobre todo con vos. Pero qué quereis? Vuestra atolondrada galanteria, vuestra hechicera figura y vuestra audacia no menos hechicera, todo eso os ha granjeado vigorosos enemigos, que se han enderezado súbitamente á la primera caída que habeis dado. Ah! duque!.... debíais ir tan lejos ó tan arriba!

—Pero, doctor, ¿es culpa mia? ¿Qué habríais hecho vos en mi lugar, querido doctor?

—¿Yo? replicó Fagon algo aturdido con la pregunta.

—Vos mismo, divino Esculapio!

—Lo que hubiera hecho en vuestro lugar, yo Fagon médico del rey, miembro de las cuatro facultades de París....

—Vos, Fagon, el cérebro mas vasto que jamás haya pensado bajo una peluca á martillo, la decana de las pelucas.

—A fé mia, duque, si me hubiese hallado en igual ocasion, habria....

—Habríais perdido la cabeza á pesar de lo cuadrada que es, ¿no es verdad? La habríais perdido, vos el mejor, el mas sabio é inflexible de los doctores! Os habrian encerrado en la Bastilla, y tendríais una fiebre de pesadumbre, de impaciencia, de amor y

de sed de libertad... una fiebre de prision, doctor! Para cortar esa fiebre vale mas un llavero que un médico! Abrid, abrid la puerta, dejadme dar cuatro pasos mas allá del puente levadizo, y me vereis brincar de alegría, de fuerza y de salud. ¡Ah! si el rey pudiese percibirme desde Versailles.... le causaria compasion, ¿no es verdad, doctor? Estoy tan flaco, tan desencajado.... y luego me vuelvo loco.... diariamente se van marchando una á una mis ideas racionales; vuelan á través de esas barras como los pájaros á quienes se abre la jaula, y bien pronto no quedará de mí mas que un cuerpo medio quebrantado y animado por el delirio. ¡Entonces estarán contentos madama de Maintenon, mi madrastra, mi padre y tantos otros!....

—Calmaos, mi querido duque, dijo el doctor. ¡Teníais tanto imperio sobre vos mismo...

—En Versailles, doctor, pero aquí... Me parece que tengo acuestas toda esta enorme Bastilla, ó que estos monstruosos muros van á estrecharme para aplastarme....

—Ese es un efecto de la calentura, querido duque. Saldreis de aquí para pasar dias felices.

—¡Dios os oiga! Aquí hay alguno que me ha predicho todo lo contrario. Su predicción es capaz de hacer erizarse los cabellos!

Frousac habló del billete de la *bruja* al mas leal y discreto de los médicos. Este se rió,
La Duquesa —T. III.

pero á pesar de eso no pudo menos de sorprenderse mucho.

—¿Qué quiere decir esa mujer? preguntó Fronsac. ¿Quién es esa mujer que predica pompas tan solemnes y tan fúnebres?....

—Amigo mio, respondió el doctor, probablemente es un cerebro enfermo como el vuestro.... ¡perdonadme! Vos estais viendo muros prontos á juntarse; ella ve cortejos lúgubres y tumbas.

—Querido doctor, vos sois un hombre de bien, ¿no es verdad? ¿y se puede uno fiar de vos?

—Querido duque, hasta ahora aun no ha desconfiado ninguno de mí.

—¡Tengo una pregunta que haceros! ¿es como un peso enorme que tengo sobre el corazón!

—¡Hablad!.... me espantais.

—Me respondereis sin vacilar, sin comentarios ni retiscencias.

—¡Hablad, hablad!

—¿Cuándo habeis visto al ídolo encantador?

—He tenido el honor de verla hoy mismo, amigo mio.... se apresuró á responder el doctor, sin querer permitirle pronunciar su nombre.

—¡Hoy! Vamos, dejadme que os mire, amadísimo doctor.... ¡Oh! qué dichoso me pareceis! qué hermoso os halló!.... Otra pregunta.

El doctor temblaba, pues iba convirtiéndose

en un confidente. Fronsac se sonreía como un desterrado que vuelve á ver de lejos el campanario de su pueblo.

—Doctor, repuso, decidme, vos que sois el mas verídico de los doctores, ¿seria cierto que esa mujer, sabiendo que veniais á visitarme á la Bastilla, no os haya dicho una palabra sobre el pobre preso?

El golpe era terrible. Fagon tosió, escupió y se sonó durante cinco minutos. Si en ese momento se hubiese hallado en el hotel de Richelieu, habria tomado su sombrero y su baston, se habria levantado y desaparecido..... Sin embargo, cruzó las piernas, se recostó sobre el respaldo de su silla, cerró los ojos y dijo estas palabras:

—Me es imposible ocultaros, señor duque, que la persona en cuestion me ha hablado de vos.

Fronsac se habia incorporado ya en su cama para abrazar al doctor, pero este le detuvo diciéndole:

—Puede volver la calentura.

—Ahora, dijo el enfermo, continuad si no quereis que me muera esta noche. ¿Qué os ha dicho? No tomeis un tono solemne, doctor, no me llameis señor duque.... por Dios, no vayais á haceros el prudente y el discreto.... os lo he dicho, si no hablais, soy un hombre muerto.

—Estando en la galería de palacio con Mare-

chal mi colega, despues de levantarse, la persona en cuestion se dirigia á la capilla á oir la misa del rey, y como me viese, se acercó á mí y me dijo: «Sé hace diez minutos que vais á ver al preso de la Bastilla; el rey os lo ha permitido; no partais sin haber hablado antes con madama de Ludre.» Yo me incliné. Dicha la misa, madama de Ludre vino á buscarme cuando yo pasaba al cuarto del capitan de guardias, y me entregó un paquetito sellado rogándome lo entregase al preso y fuese discreto. El paquete contenia, á lo que ella me dijo, pastillas de azufaifas con vainilla.

—¿Y ese paquetito, doctor? exclamó el impetuoso jóven.

—Aquí está, señor duque, respondió Fagon.

Y sacándolo gravemente del bolsillo, se lo entregó.

Fronsac iba á romper el sello, pero como viese al doctor pronto á levantarse y partir, metió la cajita bajo la cabecera, y Fagon se quedó.

Las once daban en el gran reloj de la torre central, y cada campanada resonaba en el fondo de los calabozos y de las almas que los habitaban. Los llaveros hacian su ronda y se les podia seguir por el sonido de sus manojos de llaves; uno de ellos llamó á la puerta de Fronsac, para advertirle que apagase su lámpara como todos los demas pre-

sos. El doctor se despidió de su enfermo, y viendo la mortal inquietud en que le dejaba la órden del llavero, dijo á este:

—El señor duque de Fronsac no debe quedar á oscuras, porque está muy enfermo. Que tenga una lamparilla á su lado; yo lo ordeno como médico del rey.

Dichas estas palabras, Fagon se apresuró á huir como para evadirse de las gracias mas exaltadas de aquel pobre calenturiento que se moria de deseo de abrir la misteriosa cajita.

X.

Un doloroso acontecimiento contristó á la corte y á toda la Francia: acababa de morir en Meudon el gran Delfin. Su enfermedad habia hecho progresos tan rápidos, que al cabo de tres dias monseñor se halló en la agonía. Como no era muy querido del rey su padre, fué llorado por un pequeño número de amigos: el mariscal de Huxelles, el duque de Antin y el marqués de Casan tuvieron un sincero pesar.

El duque de Borgoña, que con la muerte de su padre era el heredero inmediato de la corona, se vió rodeado de adulaciones. El duque comprendió su nueva posicion, y todos se pasmaron de verle revelar un carácter y un talento que, por aspereza natural ú otra

causa, se habia obstinado siempre en ocultar. Luis XIV en el fondo de su corazon amaba á su nieto.... Las prevenciones de madama de Maintenon no habian podido alterar su simpatía secreta; y principió á tratarle con mas afabilidad, llamándole á menudo á su gabinete para conferenciar con él. Por otra parte, la escesiva ternura del rey por la duquesa de Borgoña habia sido siempre una garantía de afecto hácia el nuevo delfín. El duque de Beauvillers, que vivia en el retiro, se vió asaltado por los cortesanos, y M. de Cambray, por su parte, recibia en su arzobispado visitas frecuentes de todos los oficiales generales del ejército de Flandes. Sin embargo, Fenelon y Beauvillers, no pretendian entrar en favor por la nueva posicion de su alumno, pues se habian consagrado á un santo retiro, fatigados ya de honores frívolos y de crueles persecuciones. Los cortesanos, y la favorita la primera, cesaron de hablar del *Telémaco* (del que aun no se conocia mas que un manuscrito) como de un libro de censura insultante para el rey; y en fin hubo en Versalles muchas máscaras que cayeron, y muchas caras que se pusieron más-caras.

El estío de ese año tuvo principios muy tristes; y sin embargo la muerte del Delfín no fué un luto general. Poco á poco volvieron las reuniones de Marly, y aunque no

se bailaba, ya principiaba á volver la alegría. El otoño fué casi brillante. Luis XIV se habia indignado de tanta mala fé y tanto encarnizamiento de parte de los enemigos de la Francia, y se habia sublevado con cólera contra la artificiosa Austria: Villars, Vendome, de Harcourt, Berwich y tantos otros le ven-
gaban decididamente.

En un hermoso dia de octubre, solicitaba una jóven ser introducida en el aposento de la Delfina, de aquella hechicera duquesa de Borgoña que habia cambiado de titulo sin cambiar de gracias y bondad. En vano las señoras de Ludre y de Levi aseguraban que en aquel momento la princesa se hallaba en casa de madama de Maintenon en Saint-Cyr: la jóven insistia con interesante perseverancia.... ¡y era tan jóven! tenia tan llorosos sus ojos, tan afligido el corazon!.... Dichas damas acabaron por suplicarla que se calmara y tuviese paciencia, porque la señora Delfina no podia tardar en volver para la comida del rey. Bien luego se oyó un grande ruido: eran los guardias que tomaban las armas en su sala, pues llegaba la Delfina. Pasó esta al salon contiguo á la gran galeria y que precedia á su aposento, vió á la jóven duquesa de Fronsac, pálida y demudada, que se levantaba para hacerle sus reverencias, sostenida por madama de Levi; corrió hácia ella, la tomo por la mano y la condujo á un

retrete que le servia de oratorio, y allí la invitó con la mayor dulzura á sentarse y á que le hablara como á la mejor amiga. Madama de Fronsac prorumpió en lágrimas sin poder pronunciar una palabra. Venia á suplicar á la mas generosa de las mujeres que pidiese la gracia del duque de Fronsac, como lo decian bien claramente sus lágrimas y su estado nervioso. La Delfina bajó la cabeza sin poder responder: la posicion recíproca de esas dos jóvenes estaba explicada por su silencio. En fin, la Delfina de Francia quiso refugiarse en la magestad de su rango para salir del apuro, diciendo que hablaría al rey, pero que temia un destierro muy largo para el duque de Fronsac. Luego se informó con afectada sòlicitud acerca del duque y de la duquesa de Richelieu.

— ¡Ah! ¡señora! respondió; ¡señora! ¿por qué no amar á mi madre? Os es tan apasionada! Tiene tanta admiracion por vos!

— Mi querida duquesa, repuso la encantadora Delfina, vos me creeis mala, puesto que quereis dulcificarme con amables palabras. En vuestra familia ni me admiran ni me tienen la menor adhesion. Pero perder cuidado, que no por eso quiero mal á ninguno, pues en este mundo no puede uno cambiar su corazon, y preciso es contentarse con lo que es. En cuanto á mí, creo que os profesaria mucho afecto, si consintiéseis en mal-

decirme algo menos.

—¿Es posible, señora! ¿podeis tener semejante opinion?

—Mirad, querida duquesa, hablemos como dos primas que jamás han tenido entre sí la menor rivalidad. Poned la mano sobre vuestro corazon y respondedme: ¿No me habeis detestado nunca?

—Señora!....

—Cuando pronuncian mi nombre, ¿no sentís cierta opresion de corazon?.... ¿No queriais escaparos, huir bien lejos para distraeros de ese nombre?

—Yo, señora!

—Y cuando hacen mi elogio delante de vos, ¿no sentís cólera durante ese dia, y quizás en el mismo momento?

—Yo creo que os engañais.

—No, quien se engaña sois vos. Yo soy franca, es una cualidad de que puedo alabarme. Si me confesais vuestra antipatía, hablaré al rey al momento.... y para evitaros confesiones penosas, haced una cosa: poned vuestra mano izquierda en la mia, esto querrá decir una multitud de odios.

—Entonces se levantó la linda duquesa de Fronsac, y con interesante gracia puso su mano derecha en la de la Delfina, y llevó á sus labios aquella mano leal.

—Sois encantadora! dijo la Delfina de Francia. ¿Quereis abrazarme, duquesa?

La Duquesa —T. III.

Cuando la estrechaba en sus brazos, entró madama de Maintenon sin hacerse anunciar, según las libertades que se tomaba, y al ver aquella reconciliación se sonrió con afectada complacencia. Madama de Fronsac fué á abrazarla, suplicándola con los ojos....

—Hija mía, dijo la grave favorita, Dios es testigo que yo no puedo hoy nada en ese mal negocio. Vuestro mal marido se ha perdido él mismo sin que nadie le haya arrastrado.

—Tía mía, replicó la Delfina, un preso no tiene ya culpa. Hablaremos por él al rey, ¿no es verdad?

—Querida mía, lo hareis vos sola.... Vos sois la reina del rey, muy á menudo.

—Verdad es que tiene una estremada bondad hácia mí.

Y la Delfina pronunció estas palabras con un acento muy grave, porque su tía tomaba ya un tono agri-dulce que la impacientaba.

Vinieron á anunciar la hora de comer del rey, y la Delfina se vistió apresuradamente delante de aquellas señoras. Manon (mademoiselle Balbieu) era la mas diestra camarista del mundo, y en menos de diez minutos se halló la princesa en *traje de ceremonia*, que era como se comia siempre con Luis XIV. Antes de salir de su aposento, dijo á madama de Fronsac:

—Quedaos aquí, querida duquesa, y procurad no fastidiaros demasiado. Os enviaré á

M. de Dangeau, que tiene mucha gracia en sus cuentos, madama de Saint-Simon, que tiene talento como su marido.

Luego tomó la mano de madama de Maintenon, y ambas se dirigieron á los grandes aposentos. La comida duró mas de una hora, pues en aquella época se comia mucho en la corte. Luis XIV, que cuidaba mucho de su salud, tenia la mania de exigir sacrificios sobre este punto de parte de los otros.

Cuando la Delfina volvió á su aposento, halló á Dangeau, su caballero de honor, muy preocupado, y las damas que estabau allí, se quejaban mucho de él, porque apenas habia abierto la boca, obstinándose en guardar algun secreto. Dangeau, tan galante de ordinario, estaba ese dia mal quisto de todas; y aunque madama de Nogaret y madama de Saint-Simon le hacian vivas reconvenciones, el caballero de honor permanecia impacible. La Delfina, contentisima con ciertas noticias que tenia que dar á madama de Fronsac, tomó parte en la zambra y regañó á Dangeau. Este la rogó le acordase tres minutos de conversacion particular, y ofreciéndole la mano pasaron á un saloncito contiguo, en donde el marqués de Dangeau le dijo estas palabras muy conmovido:

—Suplico á vuestra alteza real pida al rey que M. de Fronsac sea enviado á la fortaleza de Pierre-en-Cise, pues en la Bastilla es-

tá muy cerca de aquí y escribe á Cavoye y otros cartas delirantes sobre su pretendida pasion....

—Mirad, dijo la Delfina riendo, qué fatalidad! Traigo á su esposa una órden de libertad.

Y se volvió á su aposento, riéndose lindamente de Dangeau, quien, conociendo su torpeza, la reparó haciendo á madama de Fronsac los cumplimientos mas finamente naturales.

—Id, querida y linda duquesa, dijo la Delfina. Enjugad vuestros hermosos ojos y haced como todo el mundo, ó casi, decid que yo no soy una mala criatura.

Madama de Fronsac partió con la mayor presteza, mas alegre y engreída que una reina. Sus caballos desempedrabán el suelo. El camino de Versalles á París le pareció ese dia mortalmente largo; la ciudad tenia calles interminables, y en fin el hotel de M. de Argenson parecia retroceder ante ella. Sin embargo llegó allá, el superintendente de policia leyó la órden, y se mostró muy atento por su prontitud, pues al punto dió un escrito á Madama de Fronsac, la cual se hizo acompañar de un oficial de policia para pasar á casa del gobernador de la Bastilla.

Llegó allí de noche. El gobernador se hallaba en una cruel agitacion como todos sus dependientes, y cuando vió entrar en su cuar-

to á madama de Fronsac, estuvo á punto de quedarse mudo de estupor. Tomó la orden del superintendente de policía que le presentaba la duquesa, y la leyó dos veces con la mayor consternacion.

—Señor, exclamó madama de Fronsac, ¿tenéis á bien conducirme al instante al cuarto de mi marido?

—Señora duquesa, respondió el gobernador balbuceando, me sería imposible.... Debo confesar que, á pesar de la vigilancia mas rigurosa....

—¡Explicáos, señor! Vais á matarme de terror!

—Pues bien, señora, hace media hora el duque de Fronsac se ha evadido de la Bastilla.

Dichas estas palabras, el gobernador salió bruscamente de su aposento para entregarse libremente en los patios y los pasillos á todos los arrebatos de su cólera. Los ecos de aquella sombría prision repetían su atronadora voz; los presos se agitaban en sus cabañones como unos animales salvajes inquietos por un ruido inusitado; los carceleros, los llaveros, los vigilantes, todos temblaban ante aquel terrible de Bernaville que de vez en cuando desenvainaba su espada y quería atravesar á los miserables que habían auxiliado la evasión. Por desgracia suya el culpable se había salvado también; era un carcelero de ronda que había recibido doscientos luises de Jorge.

Este habia traído á su amo un uniforme de oficial de servicio, y el carcelero sobornado les habia dejado pasar á ambos, y luego habia escapado él mismo.

El gobernador de la Bastilla mandó participar la evasion al superintendente de policía, y este envió al punto la revocacion de su orden de libertad, queriendo informar al rey de lo ocurrido. Al oír esa noticia, madama de Fronsac cayó desmayada, y la trasportaron en ese estado á su carroza.

XI.

El invierno haba estendido sobre Versalles su manto de armiño helado; los grandes bosques de los alrededores estaban cargados de escarcha; abatíanse en los inmensos rasos bandadas de cuervos cuyo fúnebre graznido iba prolongándose de valle en valle como la queja de un alma errante sobre la nieve. En vano algunos pálidos rayos de sol trataban de penetrar por la atmósfera, pues las nubes llegaban sobre ellos con cólera, se amontonaban en las escampadas aéreas y ahogaban su luz. El viento glacial se arremolinaba silbando en las desoladas praderas, y cuando llegaba á los bosques mugía en plena armonía. Por intervalos, el graznido del águila dominaba todo aquel zumbido salvaje, y entonces en los retiros del bosque era grande

el terror: el rey de los aires estaba hambriento, se hacia bandido cirniendo sus alas, y dirigia acá y allá miradas de fuego. El invierno, este robusto viejo, se reia, al pasar, del espanto de la tierra.

Entretanto, un hombre, embozado en una amplia capa castellana, se obstinaba en no separarse de una encrucijada del bosque situada al sudoeste á dos leguas del palacio. Habíanle encontrado unos leñadores, y se habían apresurado á dejar el sitio en donde aquel extranjero se paseaba gravemente. Uno de ellos, mas curioso ó menos cobarde que los otros, se sentó sobre hojas muertas á doscientos pasos de la encrucijada, esperando no ser notado; pero se engañó, porque el extranjero le llamó muy luego. El leñador queria huir; pero se le metió en la cabeza que el diablo, que tal vez se habia puesto ese dia un fieltro y una capa, tardaria muy poco en alcanzarle. Acercóse con precaucion al extranjero, y este, que continuaba su paseo regular de un árbol á otro como un centinela que teme quedarse helado en el sitio, le dijo:

— Amigo mio, ¿no podrias encenderme un poco de fuego? Necesito aguardar aquí la carceria, que está muy lejos, pues ya no se oyen las cornetas.

— Quiere tentarme, dijo para sí el leñador.

— Te he pedido que encendieras fuego en

esta encrucijada. Tengo las manos entumecidas, pero no tanto que no pueda pagar antes.

El extranjero dió un escudo al leñador que le reconoció por un verdadero noble, y recogiendo ramas muertas, hojas y zarzas, hizo una hoguera sacando fuego con una piedra y un eslabon. La vista de la llama chisporroteando regocijó al extranjero, que puso las manos en los torrentes de humo y chispas. Bien pronto tomó cuerpo la hoguera, y el extranjero se dejaba penetrar con deleite por su suave calor, permaneciendo en pie y dando frente á la hoguera que el leñador sentado en el suelo atizaba como mejor podia.

—¿Con que habeis perdido la caceria? dijo este último.

—Perdido, hasta cierto punto. Sé que debe pasar por aquí.... á lo menos en parte.

—Veo que sois de la servidumbre del rey, repuso el leñador. ¿Seriais un señor de la corte? *

—¿Yo? No puedo alabarme de eso.

—¿Sois del servicio de la monteria?

—No, amigo mio.

—¿Entonces sois de las caballerizas?

—Tampoco.

—¿De dónde diablos sois pues?.... ¿Del guarda-ropas, de la reposteria, de la casa militar? ¿Seriais de la papilla por casualidad?

—¿Con que tú conoces la corte? preguntó el extranjero.

—¡Pardiez! Mi hijo es picador en las caballerizas de la señora duquesa.

—De la Delfina, dijo el otro.

—Eso es. Y pasa su vida con caballos soberbios y á veces malos como burros.

—Escucha, dijo el extranjero: ¿Dónde está tu hijo en este momento?

—No lo adivinaríais jamás, respondió el leñador. Corre á caballo delante de madama, que ha querido seguir la cacería.... Pero soy bien bestia; vos debéis saberlo mejor que yo.

—Pues bien, replicó el extranjero, oye mis proposiciones. Sé que los cazadores deben atravesar esta encrucijada. Verás pasar á tu hijo, finje que estás enfermo ó herido. Entonces él se apeará para levantarte y prodigarte sus cuidados, hará que le reemplazen en su servicio, yo estaré aquí, montaré su caballo, y correré por él.... te juro que soy buen picador. ¿Te conviene esto? Aquí tienes tres luises en arras, y te prometo veinte.

—Preciso es que seais el mas grande señor despues del rey, para tener semejantes caprichos y pagarlos tan caros. ¿Cómo diablos quereis que yo acepte, y como quereis que rebuse? El caso es espinoso. Es necesario hacerse el moribundo, y si descubren la astucia, me molerán á palos por haber distraído á un picador de su servicio.

—Tu hijo te defenderá, te protegerá.

—Creo que seria el primero á apalearme,

porque es un rabioso por su oficio. Además me acusa de borracho... Confieso que me gusta el vino, pero en cuanto á la borrachera, eso no, la desprecio....

—Muy bien, dijo el extranjero. En todo caso toma los tres luises, y ya haremos la cuenta despues.

—¿Y si no me bago el muerto ó el herido, os los devolveré?

—No: pero no te daré los otros diez y siete.

—Teneis argumentos diabólicos. ¿Es absolutamente preciso que grite, que gima y me retuerza como un poseido del demonio?

—Te tenderás de espaldas como si estuvieses borracho; y me dejarás hacer lo demas.

—Mi hijo me azotará con su látigo y pasará de largo. No conoceis á ese perillan; cuando he bebido, no me respeta mas que á un caballo.

—Ya le haremos escuchar la razon.

—No vayais á ofrecerle oro ni plata....

—¡Diablo! ¿Con que tan orgulloso es?

—Mas que vos quizás, aunque no sé vuestro nombre.

—Me das ganas de saber el de tu hijo.

—El se llama Enrique, dijo el leñador. Así es como le llaman todos.

—¡Bueno! repuso el extranjero. Hazte el herido, que yo me cargo con todas las consecuencias.

—Vamos allá, dijo el buen hombre. Tra-

tad de que yo no lllore al fin de la comedia.

Bien luego resonaron á lo lejos las cornetas de caza, y esa armonía sobresaltó al extranjero que no era otro que el duque de Fronsac. La cacería se acercaba lentamente; las jaurías estaban sobre la pista del siervo, pero la nieve principiaba á caer, y el olor de la pista era apenas perceptible al olfato de los perros. Sonaron las cornetas para tratar de reunir á los cazadores dispersos por el bosque, y en seguida se oyó el galope de un caballo.

—¡Tiéndete en el suelo, y hazte el herido, gritó el duque al leñador!

Llegó un ginete y pasó como una zaeta, le siguió otro, se apareció un tercero, tocó llamada y desapareció. El leñador se mantenía pronto; aun no habia reconocido á Enrique. De súbito Fronsac vió al buen hombre tenderse á lo largo á través del sendero, lanzando espantosos gemidos, cuando llegó un picador, y su caballo saltó por encima del leñador.

—¡Enrique! gritó una voz. ¡Enrique, es vuestro padre! ¡Se ha caído de un árbol.... y está herido!

—¡Por vida de brios! dijo el picador parando su caballo. ¡Por qué va á subirse á los árboles cuando debiera irse á acostar?

Y entregó su caballo á Fronsac que traía el traje de caza y á quien tomó por uno de

la comitiva, aunque no reconoció su cara, y luego corrió al lado de su padre. Fronsac se lanzó sobre el caballo y partió al galope con gran sorpresa de Enrique. Una mujer á caballo seguía al picador á trescientos pasos, pasó rápidamente, y Enrique no osó mostrarse. La Delfina prosiguió su camino, escollada por el marqués de Dangeau y por Gamache, paje de Monseñor. A tanta distancia, no era reconocido el supuesto picador; este sabía bien todas las revueltas del bosque, y además le guiaban las cornetas. La Delfina le seguía de lejos, dejando á veces atrás á sus dos escuderos, porque montaba un caballo muy vigoroso. La nieve principiaba á caer en gruesos copos, y bien pronto espesó tanto que apenas se veía nada. El picador moderó su carrera, y la princesa que ya no distaba de él mas que diez pasos, le recomendaba que no la dejase. Seguían marchando con bastante velocidad, pues los caballos eran fogosos y seguros, pero sucedió que el marqués de Gamache tomó por descuido una contracalle de árboles, y se internó en el bosque, en medio de los remolinos de nieve. Dangeau se desgañitaba llamándole, tanto que se cayó del caballo y los criados tuvieron muchísimo trabajo en levantarle. La Delfina, que seguía siempre al excelente picador, estaba muy lejos; pero el tiempo se puso espantoso; pues cayó sobre el bosque una nube de nieve, y ya no

se veía á seis pasos de distancia. Entonces el picador se aproximó á la princesa cuyo ánimo principiaba á flaquear, y que temiendo las barrancas guiaba muy mal su caballo; creyó que debía marchar al lado de ella, y de vez en cuando ponía la mano sobre la brida de su caballo, pero sin responder mas que por monosílabos. En un momento, las tinieblas fueron tan densas, que fué preciso pararse. La Delfina dijo que se moría de frío, y tenía un miedo espantoso; Fronsac le respondió que conocía una quinta á poca distancia, y procuró disfrazar su voz. Como tenía el sombrero calado hasta los ojos y estaba cubierto de nieve de pies á cabeza, no habia sido reconocido aun; y ademas estaba muy oscuro el bosque.

—Me es imposible ir mas lejos, dijo la Delfina. ¡Dios mío! ¿Conque nos hemos perdido?

—Señora, respondió el picador, ¿quereis que lleve vuestro caballo de la brida y que marche delante para guiaros?

Al mismo tiempo echó pie á tierra, abandonó su propio caballo, y tomando por el freno el de la Delfina, echó á andar al paso y con estremado trabajo.

En su espanto, la Delfina no habia reconocido aun la voz de Fronsac; se encomendaba al cielo; deploraba la suerte de los de su comitiva que quizás se habian extraviado sin remision; sufría horriblemente; tiritaba

de frío y ya no podía sostenerse. Fronsac la vió tambalear, próxima á desmayarse.... Entonces la Delfina paró su caballo, y como cayese hácia adelante, él la recibió en sus brazos. Fronsac estaba seguro de que había una quinta en las cercanías, y llevándose su preciosa carga, avanzó denodadamente, sintiéndose con mas audacia y vigor que nunca. Su pie era seguro, su ojo adivinaba los obstáculos, y caminaba con la nieve hasta las rodillas, seguido de dos caballos que temblaban de espanto y que no le dejaban por instinto, como sucede en semejantes ocasiones en tiempo de tormenta.

La Delfina estaba casi demayada; y Fronsac la llevaba con la tierna solicitud de una madre. Su cabeza estaba apoyada en el hombro de su guia, y Fronsac sentia á veces sus ondulantes cabellos azotar su cara; pero no habian pronunciado ni una palabra; solo se oia por intervalos un débil gemido, y entonces Fronsac no podia menos de estrechar con mas fuerza contra su corazon á la pobre mujer que sufría. Al cabo de diez minutos de marcha, llegó delante de una quinta, los perros ladraron, vinieron á abrir unos leñadores, y Fronsac entró rápidamente, y llegó hasta el hogar en donde había fuego. Las hijas del colono rodearon á la dama desconocida y la sirvieron con estremada solicitud. El calor la reanimó poco á poco, pero

todavía no reconocia nada de cuanto la rodeaba. La mujer del colono la tenia sentada sobre sus rodillas, y sus jóvenes y bon-dadosas hijas le calentaban los pies con sus manos, admirándose de su sinura y perfecta hermosura. Tierno y encantador era aquel es-pectáculo; la dama tenia muchísima dificul-tad en volver en sí; echaba acá y allá mi-radas pasmadas; éranle desconocidas todas aquellas caras, y hasta le causaban cierto miedo; Fronsac evitaba mostrarse, y ademas él mismo tenia necesidad de reanimar sus fuerzas, porque el frio le habia entumecido las manos y helado la cara. Al cabo de me-dia hora, ya no sufría, pero el estado de aquella á quien habia salvado, no se mejo-raba sino de un modo muy insensible, lo cual le causaba tal ansiedad, que las buenas gentes de la quinta le tomaron por el ma-rido de aquella mujer, inspirándoles lástima por su desesperacion. Ya habia enviado á uno de aquellos paisanos á Versailles en busca de socorros; le habia dirigido al palacio á mademoiselle de Ludre, haciendo al paisano escribir una esquelita bajo su dictado, y pro-metiendo una suma de dinero si el mensaje era entregado antes de dos horas.

Despues de la marcha del mensajero, el colono se acercó á él y le dijo:

— Vos sois de la corte, monseñor?

— No me llameis así, respondió Fronsac en voz baja.

—Comprendo, dijo el otro misteriosamente; quereis ocultaros, porque vos sois un señor muy grande.

—No, no, dijo Fronsac: yo soy el escudero de madama.

El colono se echó á reir de incredulidad; luego añadió:

—¡Hay pocos maridos tan buenos como vos! ¡Cómo debeis amaros!

Fronsac se estremeció. Echó al colono una de esas miradas que penetran el corazón, y el pobre hombre, creyendo haberle causado pena, balbuceó algunas excusas.

—¡Amigo mío! dijo Fronsac llevándole algo mas distante de la chimenea, no vayas á echar á perder lo que acabas de decir; te ruego que me dejes mi sueño. Repíteme, repíteme que esa mujer y yo debemos adorarnos; que de hoy mas no podemos pasar uno sin otro. Dime cuanto se te ocurra sobre esto, cuanto te dicte tu corazón.

El colono miraba aquel joven con asombro, sin poder comprender nada de su exaltacion, sin saber si debia compadecerle ó felicitarle. Le cogió las manos y le dijo:

—Sacadme de un grande embarazo: sois feliz, ó no?

—Amigo mío, sufro mucho, respondió Fronsac.

—¡Sufrís! ¿Quereis que os dé alguna cosa que os hará mucho bien.... una gota de es-

celente nebrina?

Fronsac se sonrió con las lágrimas en los ojos, y dió gracias al honrado paisano, asegurándole que todos los médicos y todos los medicamentos del mundo no podrían curarle. El colono abrió unos grandes ojos y meneó la cabeza compadeciéndose mucho del estado desesperado de tan hermoso y tan joven caballero, y quiso consolarle.

—Amigo mío, le dijo Fronsac, mas tarde, cuando nos conozcamos mas, le reirás mucho de tu error de hoy. La enfermedad de que estoy atacado es mortal, y sin embargo te juro que no querria verme curado.

El colono estuvo para caerse de asombro, y acabó por persuadirse que el que acababa de hablarle tenia el cerebro trastornado.

La dama desconocida en la quinta habia vuelto en sí, y hacia preguntas a las muchachas que la rodeaban y daba las gracias a su madre. La habian colocado en una especie de poltrona vieja y rodeado de almohadas, descansando sus pies horizontalmente en una silla baja delante del fuego. Varias veces habia preguntado por el que la habia salvado.

—¡Traédmele pues! dijo con alguna impaciencia. Ese pobre muchacho ha estado á punto de perecer de fatiga y de frio.

—He ahí una dama que habla con bastante desenfado de su marido, pensó el colono.

Las hijas corrieron á llamar á Fronsac que se habia refugiado en el hogar de la pieza contigua, y le suplicaron que pasase al lado de la señora. Fronsac consintió en ello, pero ante todo dijo dos palabras al oido de la mayor de las tres aldeanas, que fué á buscar á su madre y le comunicó misteriosamente las palabras del extranjero. La madre dejó á la señora y se retiró con sus tres hijas al cuarto en donde estaba Fronsac; este salió al punto, y se presentó con el sombrero en la mano ante la Delfina de Francia. La saludó con profundo respeto y se mantuvo en pie á seis pasos de distancia. La Delfina le reconoció, é iba á dar un grito, pero le faltó la voz.

—Madama, dijo Fronsac, si jamás preso alguno se ha felicitado de haber roto sus cadenas; si jamás se ha aplaudido de haber arriesgado su vida por reconquistar su libertad, es sin duda el que tiene el honor de hablar hoy ante vos. Hace mas de siete meses que me he escapado de la Bastilla y que vivo errante y disfrazado para evadirme de los agentes de M. de Argenson; siete meses hace que acecho todas las ocasiones de veros de lejos, á hurtadillas.... Mi buena estrella me ha conducido á los bosques que vos debiais atravesar.... ¡Bendita sea para siempre! Ahora que vengan los rigores del calabozo, y los aceptaré sin murmurar. He podido aun hincarme de binojos ante vos.... y juraros

una eterna y acendrada adhesión.

—¡Ah! ¡levantaos por Dios, levantaos! Primeramente debo daros gracias por haberme salvado, luego debo reñiros muy seriamente. Vos os perdeis, señor de Fronsac; el rey está furioso.... Os hallais en rebelión; os andan buscando; yo tenia vuestro perdón. ¿Habia necesidad de hacer la locura de fugaros? Con que hubiéseis retardado una hora esa desdichada fuga, saliais libre, reconciliado con el rey, con vuestra familia....

—Madama, repuso Fronsac, yo soy un rebelde muy contumaz, porque me alabo y enorgullezco de mi rebelión. Habria rehusado salir de la Bastilla.... porque las condiciones de la gracia no eran aceptables para mí.

—¿Qué estais diciendo? Eso es una locura.... Os ruego que abrigueis ideas mas verdaderas, mas útiles á vuestra felicidad. Yo tengo un gran remordimiento en el fondo del alma; ya adivinareis....

—¡Oh! madama, no os arrepintais de haber devuelto la vida á un pobre preso muerto de dolor. Aquella misteriosa cajita que me trajo Fagon fué como el maná divino en el desierto. Además lo que contenia me habia sido robado traidoramente, y fué noble y grande de vuestra parte el devolvérmelo. ¿Conque yo habia desmerecido de vuestra bondad, madama? ¿habia cometido alguna deslealtad? No lo creo, madama.

—Ni yo tampoco, dijo la mas dulce y noble de las mujeres; pero os lo repito, no puedo menos de deplorar en vos una exaltacion peligrosa para vos mismo.

—Peligrosa para mi mismo, sí, madama. Por causa de ella he sufrido ya la prision.... y debo prometerme otros muchos rigores.

—Señor de Fronsac, pareceis haber sufrido mucho....

—Sí, madama, y mas aun de lo que dice mi cara.

—Todos en Versalles os han compadecido... tienen un sincero pesar. En cuanto a mi, ¿qué os diré? Mi posicion era cruel. He pedido á menudo vuestra gracia, y á menudo han interpretado muy mal mi interés.... Sin embargo, no habia en mi corazon nada de que no debiese engreirme. Bien han visto que he hecho cuanto he podido por agradar á madama de Fronsac, de quien os aseguro estoy dispuesta á ser amiga.

El duque de Fronsac tenia el codo apoyado contra la chimenea y la frente contra la mano, contemplando con arrobamiento á la mujer adorada de su corazon, y la mas adorable. Cuando ella cesó de hablar, el duque no respondió. La Delfina bajó los ojos y le preguntó si habia enviado á Versalles á buscar un coche. Entonces Fronsac le contó como habia escrito por mano del colono á madama de Lúdre. La Delfina levantó so-

bre el sus hermosas miradas con una encantadora espresion de gratitud por la delicadeza con que obraba.

—Me habeis salvado de la nieve, del frio, de la muerte quizás, repuso; y no lo olvidaré nunca: pero lo que siempre recordaré tambien, es el cuidado con que procurais evitarme los menores pesares.

Y le tendió la mano. Fonsac estaba demasiado conmovido para pensar en ser prudente; hincó ambas rodillas ante el ídolo de su adoracion, la devoraba con los ojos, su cabeza tropezaba algunas veces contra los brazos de la vieja poltrona, y de su boca se escapaban frases sin orden, apasionadas y extravagantes. Estaba en el lirismo de la pasion, y su alma, temblaba como un harpa, vibraba con dulce melodía.

—¡Madama! esclamaba. Es preciso que lo diga, una vez en mi vida, á vos que tan buena y tan temible sois: toda diplomacia es miserable á mis ojos; con un corazon inflamado como el mio ¿qué hay que temer? ¿el destierro, el calabozo, la muerte?.... ¡Pero diez minutos pasados de este modo valen cuarenta años de gloria, de grandeza! ¡Yo os amo! ¡Oh! ¡os lo juro, os amo con idolatria! ¡Habeis llenado mi alma de gozo y de tristeza: vos sois alternativamente mi suplicio y mi embriaguez; yo existo por vos y para vos!... Todos mis pensamientos son otras tantas es

trellas vivas que van á abismarse en vuestros rayos de luz. He pasado meses enteros en un calabozo engolfado en vuestra imágen. Algunas veces, jadeante de calentura, me retorcia de dolor al recuerdo del pasado; otras como un hombre escapado de un incendio, respiraba las brisas de esperanza que me llegaban perfumadas. O madama, yo estoy muy loco, muy desconsolado, pero muy resuelto á caer muerto antes que afligiros con la menor satisfaccion dada á mi orgullo: Vivid feliz, adorada, tranquila y serena en vuestra gloria.... ¡Yo lucharé cuerpo á cuerpo con mi suerte; venceré mis arrebatos de cólera, de celos, de vanidad.... pero mi amor, jamás: porque es mi tesoro, mi vida, mi cielo... ¡Vos llorais, madama! exclamó de súbito. ¡Ah! ¡caiga sobre mí toda la cólera de Dios, si es verdad que os he arrancado una lágrima de pesadumbre!

Y mientras así hablaba, estrechaba en sus manos y contra su corazon la blanca mano que le abandonaban.

En ese momento resonó un ruido terrible á la parte de afuera. Fronsac se estremeció de rabia, y la noble criatura, cuyos pies besaba, se sobresaltó de espanto. Llegaba un coche, y llamaban á la puerta de la quinta personas de la corte.

—¡Partid! ¡salvaos! exclamó la mujer adorada. Si os encontrasen aquí.... seriais perdido.... ¡Salvaos!

—¡Jamás! dijo Fronsac. ¡Separarme de vos, gran Dios!

—¡Os digo que os perdeis!

—¿Qué me importa?

—¡Me perdeis á mí, amigo mío!

—¡Ah! exclamó el joven delirante. ¡Puesto que han salido de vuestra boca esas palabras.... arcángel, sed obedecida.

Y cogiendo su sombrero y su cuchillo de monte, abrió una ventana baja que daba á un patio trasero, saltó por encima de la pared de un huerto, y á pesar de los remolinos de nieve se escapó por entre los bosques con la rapidez de un ciervo.

Llegó madama de Ludre, y se quedó pasmada de hallar á su querida Delfina tan pálida y desfallecida. Arrojóse á su cuello dándole todos los nombres que su ternura y su edad la autorizaban á darle; luego entró Fagon con su magestad é impasibilidad ordinarias, y en seguida Manon cargada de vestidos, de pellizas y ropa blanca.

Los aldeanos, al ver una compañía tan distinguida, creían que llegaba el fin del mundo, y estaban mudos é inmóviles alrededor de la gran dama y su corte. Fagon halló el pulso agitado, febril, pero no vió ningún inconveniente en ella para partir en el acto. Buscaban por todas partes el salvador de la Delfina que sabían era Enrique, el picador que había corrido delante de ella

en la cacería, pero Enrique había desaparecido; y los colonos pretendían haberle visto saltar como un gamo por encima de las paredes para escapar. Estaba probado que Enrique era el mejor y mas generoso de todos los hombres, puesto que así queria sustraerse de los elogios y las recompensas; pero desde ese dia su fortuna estaba hecha. Bien pronto llegaron Dangeau y el marqués de Gamache medio muertos de frio y espanto de haber perdido á la Delfina. Esta los tranquilizó con una sonrisa encantadora cuyo secreto poseía ella sola.

Cesó de caer la nieve, subieron á la berlina, y partieron. En Versalles la vuelta de la Delfina fué una verdadera fiesta. El rey fué á visitarla á su cuarto y estuvo aun mas tierno y solícito que de ordinario: el Delfín y el duque de Berry llegaron muy tarde; jamás la cacería habia sido mas desastrosa; cada cual venia herido de mas ó menos gravedad, y todos habian sufrido horriblemente.

Enrique fué festejado y acariciado por todos los grandes señores, y aunque no comprendia su nueva fortuna, como hombre hábil, si no podia esplicársela á sí mismo, tampoco pedía la esplicacion á los otros. No era mas que picador segundo, y al dia siguiente recibió el grado de primer picador y una buena suma de dinero.

XII.

En una de las primeras noches de febrero, el juego del rey habia estado muy brillante. Luis XIV, contra su costumbre, habia velado hasta pasada media noche. Antes de dejar el salon, tomó aparte á su nieto el Delfin, y se notó que le hablaba con misterio, pero con mucha animacion. Entonces Monseñor sacó de su bolsillo una carta y se la dió al rey, que llamó al duque de Maine para mostrársela. Este último se apresuró á llegar, corriendo como de costumbre, quedó muy sorprendido cuando leyó la carta, y habló de ella con tristeza al Delfin, que no parecia dar grande importancia al papel.

El rey estaba muy serio, y no podia decidirse á dejar el salon. Sin embargo habia llegado la hora de acostarse, y sabido es hasta qué punto era exacto en todo lo concerniente al ceremonial. El duque de Maine le hizo notar que todo el mundo se pasmaba ó se felicitaba de semejante olvido de hora, y el rey, sin responderle, se fué derecho á la mesa de juego de su querida Delfina, y se puso á mirar sus cartas con un vivo interés, lo que percibió ella y le pidió algunos consejos. El conde de Tolosa se inclinó hacia la Delfina y le hizo notar el embarazo en que ponía á todo el salon la preocupacion del rey.

—Señor, dijo la Delfina volviéndose hácia Luis XIV, ¿conque tanto os interesa mi juego?

—Mucho, hija mia.

—Sin embargo es bien malo, tengo unas cartas fatales.... Todo esto es un entierro.

El rey se sobresaltó y se retiró. Al cabo de un momento cesó el juego de la Delfina, que habia perdido mucho á pesar de que al principio se le presentaba muy favorable la suerte. El rey estuvo aun hablando algunos minutos en su cuarto de dormir con el Delfin que no queria absolutamente tomar á lo serio la carta recibida durante el dia, y que contenia un aviso alarmante para el mismo. Tranquilizado el rey quizas por la misma indolencia de su nieto, pasó á una pieza contigua en donde acostumbraba echar, antes de acostarse, algunos bizcochos á sus bellas galgas. Hubo una que se hizo la huraña y quiso morder al rey en la mano. Este volvió á su cuarto de muy mal humor, cerrando rudamente la puerta trás de sí, luego dijo adios á todos y despidió á todo el mundo. El Delfin se fué á su aposento del piso bajo, y la Delfina entró en el suyo situado encima del de su marido, muy festiva y riéndose mucho del susto que habia causado á M. de Luxemburgo jugando con estravagancia, con lo que se habia divertido toda la noche. Las señoras de Nogaret y de Saint-Simon estaban á su lado, pues como eran las mas jóvenes de

todas sus damas, gustaba la Delfina de tenerlas allí al acostarse para fglorar y charlar á sus anchas hasta tarde.

Entró sola en uno de los retretes contiguo á su cuarto, y halló una cajita de oro sobre la mesa de tocador; la abrió, y vió que contenia tabaco de España de un perfume delicioso. La Delfina sentia un placer estremado en respirar alguna vez el perfume de este tabaco en polvo á hurtadillas, porque el rey no podia soportar los olores, y en particular el del tabaco, y habria regañado muy severamente á su querida hija si hubiese sospechado que tenia ese nuevo capricho. La Delfina volvió á dejar la caja en el mismo sitio, sin dar á esto la menor importancia, y hasta se olvidó de preguntar á sus damas si sabian quién habia puesto allí la caja. Cuarenta bugias ardian en el aposento, y la hechicera princesa se sentó delante de su grande espejo de cuerpo entero, entregando su cabeza y sus hermosos pies á sus camaristas. Quitáronla sus perlas, un gran traje de corte y sus pulseras, le colocaron unas babuchas de seda bordada, y le pusieron un peineador de bombasí de la India con encajes de Inglaterra. La Delfina quiso permanecer con la cabeza descubierta, y sus hermosos cabellos castaños fueron enrollados en moño por detrás, y aplastados sobre los lados. Como no le gustaban los grandes aparatos de tocador,

todo eso quedó hecho en menos de un cuarto de hora.

Retiráronse las camaristas, y madama de Saint-Simon seguia charlando, cuando de súbito madama de Nogaret, viendo á la Delfina inclinarse sobre un sillón y desfallecer, corrió hácia ella, la hizo aspirar sales, que la hicieron volver en sí, pero no comprendia cómo habia podido hallarse indispuesta después de haber entrado en su cuarto tan buena. Sus damas le aconsejaron que se acostase, pero la Delfina respondió que tenia necesidad de aire y movimiento, y principió a pasearse por el cuarto, apoyada en el brazo de madama de Saint-Simon. Al cabo de media hora, dió las gracias á sus damas y las obligó á dejarla, diciendo que estaba completamente repuesta, y que queria orar un rato sola al pie de su cama. Madama de Nogaret tomó un almohadon y lo colocó sobre la alfombra. La Delfina le dió las gracias con la mirada y un ademan; luego, por un singular capricho, cuando ya estaban en el salón contiguo, las llamó y les pidió el permiso de abrazarlas. Las damas quisieron besarle las manos, pero ella abrió los brazos y las estrechó sucesivamente contra su corazón por repetidas veces. Cualquiera hubiera dicho que se hallaba oprimida de algun disgusto secreto, tal vez de alguna pesadumbre.

Cuando se halló sola, corrió el cerrojito de

la puerta del lado del salón, y fué á arro-
dillarse sobre el almohadón colocado en la
grada del estrado. Permaneció tan largo tiem-
po en esa actitud, que una de sus camaris-
tas creyó debía dejar el gabinete contiguo é
ir á rogarla que se acostase. La Delfina no
respondió al principio; la camarista renovó su
súplica, y á esa voz, se volvió sobresaltada,
con un susto extraño, y lanzando un grito.
— Soy yo, madama, dijo la camarista de
servicio.

— ¡Ah! ¡qué loca soy! repuso la princesa.
No te reconocia....

Muy poco despues, estaba acostada. El apo-
sento estaba al umbrado por la débil luz de
una lamparilla de porcelana, y solo el ángel
del silencio se paseaba á pasos lentos por el
cuarto misterioso.

A la mañana siguiente, los que atravesaban
los patios de palacio notaban una grande agi-
tacion en la servidumbre del rey y de los
príncipes. En el aposento del Delfin, en el
piso bajo, habia un verdadero tumulto.

Con especialidad el marqués de Gamache
estaba en una agitacion que parecia cólera.
Regañó á muchos guardias, disputó muy se-
riamente con un oficial de caballería ligera,
y en un momento de mal humor, estuvo para
echar por el suelo á madama de Leví que
se apeaba de su coche al pie de la pequeña
escalera para subir al cuarto de la Delfina.

— Señor de Gamache, dijo madama de Lévi. ¡Estais desatentado! ¿es verdad que madama...

— Señora duquesa, repuso Gamache deteniéndose apenas, tomaos la molestia de subir, pues teneis ese derecho; la Delfina no puede estar peor.

El rey no estaba aun levantado, el capitán de guardias se hallaba en una grande perplejidad, paseándose de un lado á otro por el salon contiguo á la cámara real, y aguardando el campanillazo cual si aguardase el fallo de su porvenir. Presentóse á él M. de Dangeau y le dijo:

— Señor duque, es preciso despertar al rey.

— No, señor, respondió el capitán; el rey va á llamar dentro de un minuto.

— El rey se quejará de que no le hayan avisado.

— Pues bien; el rey se quejará. Yo sé mi oficio.

Llegaron dos pajes del Delfin, y dijeron:

— Señor duque, es preciso entrar en el cuarto del rey...

— ¿Lo creais así, señor de Cheverny? replicó el inflexible capitán de los guardias.

— Lo creo tanto, señor duque, que lo desea Monseñor.

— Cuando se digue venir el mismo monseñor á pedirme entrar.... veré lo que debo hacer.

En ese momento llegaba el Delfin, y el

capitan de guardias iba tal vez á atajarle el paso, cuando sonó un campanillazo. Abrióse la puerta del rey, y entró el primero el capitan de guardias. El ayuda de cámara habia llegado ya por las pequeñas puertas interiores, el rey fué vestido apresuradamente, y al punto se reunió al Delfin en el cuarto de la Delfina, donde pasaba una escena de desolacion.

Tendida en su cama, con la cabeza abrasando y los brazos convulsivos, la Delfina luchaba con una calentura ardiente. Sus ojos estaban vidriados, su respiracion era penosa, y su pulso estaba en un desórden espantoso.

Estaban allí Fagon y Boudin, su médico ordinario; anunciaron la llegada de Marechal que habian ido á llamar á Paris, y el rey interrogaba á los tres con la vista. Los médicos callaban, é inclinados alrededor de la enferma, procuraban adivinar la causa de sus espantosos y súbitos dolores. El Delfin, pálido como un cadáver, no se apartaba de la cama; las señoras de Ludre y de Levi se agitaban mucho, y se negaba la entrada á otras damas de palacio. En fin, alejóse de la cama Fagon, y el rey le siguió al alféizar de una ventana. El doctor estaba impenetrable, y el rey le apuraba con preguntas. Acercóse Marechal y habló de sarampion, Fagon se encogió de hombros, y Boudin fué de la opinion de Marechal.

La calentura seguia siendo violenta, y la

pobre Delfina, abrumada con la presencia de tantas personas, pidió que la dejaran sola, y todo el mundo salió. El rey salió también y se fué al consejo, con la cara demudada. Solo quedaron en el cuarto de la Delfina un médico, Monseñor, y dos camaristas.

París sabia ya la fatal noticia; estaban ordenadas ya rogativas, la poblacion se habia anticipado á esa idea, y las iglesias se llenaban de gente. Jamás princesa habia sido mas amada. Muchas personas partian apresuradamente para Versalles, y por la tarde llegaron allí tantas carrozas como en un dia de revista ó de regocijos públicos. Las verjas de palacio estaban sitiadas; iban y venian lacayos con boletines que distribuian á la multitud; en los palios se habian introducido un grau número de personas, y aunque no pertenecian al servicio de palacio circulaban libremente. Entre ellas, se habia notado muchas veces á un jóven en un traje bastante ordinario y que tenia el rostro demudado como un acusado que va á oír su sentencia, y hasta tenia los ojos tan estraviados y el andar tan desordenado, que pareció sospechoso á algunas personas. Hablaron de él á un guardia de corps que fué á llamar un brigadier de su compañía, que principió á observar al desconocido; pero este, sin hacer ningun caso, iba y venia, y detenia á los lacayos de servicio para interrogarlos cuando

hallaba la ocasion. En fin, llegó hasta la verja del patio de mármol; aquella verja se entreabrió un momento, y el desconocido se deslizó entre dos centinelas y llegó hasta las salas bajas para penetrar hasta una escalera. El brigadier vió bien que debía conocer perfectamente todas las entradas y salidas de palacio, y por lo mismo le siguió con mas encarnizamiento. De súbito, le percibió deslizándose en una galeria que conducia al laboratorio de Boulduc boticario del rey, y adonde acababan de descender los médicos. Entonces corrió hácia él y le agarró por cabezones para prenderle.

—Señor, dijo el desconocido, me confio á vuestra lealtad: soy el duque de Fronsac.

El oficial de guardias le soltó, pues debía algunos servicios á los Richelieu, y rogó á Fronsac que tuviera cuidado consigo, recordándole que habia aun contra él una orden de arresto; luego le ofreció sus servicios.

—Caballero, dijo el jóven duque, estoy dispuesto á pedir os una gracia con las manos juntas: que me deis un medio de tener donde pasar la noche en palacio y noticias de la Delfina á cada instante.

—Difícil es, respondió el brigadier; todo el mundo os conoceria aquí, señor duque, á menos que consintais en encerraros en la sala de descanso de los guardias de corps, en donde hablaré á muchos de mis camaradas.

— ¡Sois mi salvador! exclamó Fronsac.

Y siguió al brigadier á una sala del piso bajo muy solitaria, aunque inmediata á los aposentos de los príncipes.

Dos dias llevaba la Delfina sufriendo como una mártir. Acordóse de la caja de tabaco cuyo perfume habia respirado, la designó á sus damas; corrieron al retrete, y la caja habia desaparecido. Fagon habia tenido razon: el sarampion no existia. El mal nacia de una causa desconocida aun, pero casi sospechada por el médico del rey y por Boudin. Marechal se obstinaba en su primera declaracion. Fueron llamados siete médicos, que llegaron de Paris. El rey quiso que Boulduc, tan sabio como honrado, asistiese á la consulta, que tuvo lugar á la luz de las bugias en el salon que precedia al aposento de la Delfina y le separaba de la gran galería. El rey asistió á ella en persona, y tambien madama de Maintenon. De seguro, fué una asamblea solemne: las puertas del salon estaban custodiadas por la parte de afuera como si una reunion de reyes agitase la suerte de Europa. Luis XIV invitó á los médicos á hablar con toda libertad, sin ninguna de las formas de lenguaje prescritas por la etiqueta y el ceremonial delante de su persona. Sentóse en un sillón cerca de madama de Maintenon en un ángulo del aposento. Los médicos ocupaban el centro, alrededor de una

grande mesa de mármol verde. Se hablaba sin levantarse; Boudin fué encargado de recoger las opiniones y escribirlas; la dicusion fué animada, y hasta llegó á ser penosa. Marechal y Fagon se acaloraban, luchando en ciencia é indignacion. El rey dejaba decirlo todo; seguia todos los hilos, investigaba, espiaba la verdad. De súbito se levantó Fagon, y apoyando el puño sobre el mármol de la mesa, juró por su salvacion, que no podia atribuir la enfermedad violenta que devoraba á la Delfina mas que á un veneno sutil, corrosivo, impetuoso; y añadió que aquella enfermedad presentaba los mismos síntomas que la que habia hecho sucumbir al gran Delfin.

Dicho esto, se sentó en medio de un silencio general. El rey estaba pálido, y no osaba mirar á madama de Maintenon. En todos los rostros estaba pintada una tristeza mortal, y todos temblaban de romper aquel éstasis fúnebre; pero se levantó á su vez Marechal, y protestó con indignacion contra la opinion de su cólega. Boudin pidió que le permitiesen recoger los votos, é interrogó sucesivamente á todos los médicos. El rey estaba en extremo conmovido, y su mirada iba errando de una cara á otra cual si jueces supremos fuesen á decidir de la vida de su querida hija.

Boudin hizo su interrogatorio con una calma mas espantosa aun que la cólera de Marechal

y de Fagon, y escribía á medida que respondian: los pareceres estaban empatados hasta el sétimo médico interrogado. Hubo cuatro opiniones contra el envenenamiento, y seis que afirmaron su existencia.

El rey se levantó de terror, y dirigiéndose á Fagon y á los médicos de su parecer, les dijo que obrasen con toda prudencia, pero que obrasen.... Luego recomendó el secreto sobre el resultado de la deliberacion, y madama de Maintenon, con los ojos bañados de lágrimas, le siguió á su aposento.

Llegó el quinto dia de la enfermedad, y el peligro pareció aumentarse. La enferma pidió los socorros de la iglesia, y fué introducido á su lado su confesor el padre de la Rue, de la compañía de Jesus. Cuando quedó solo con ella, la preguntó si estaba pronta para el sacramento de la penitencia; y como la enferma no respondiese, le repitió varias veces su pregunta. Entonces, adivinando la causa de aquel silencio, confesó con mucho tacto y dignidad que, en una ocasion tan solemne, se podia muy bien dejar la costumbre de las relaciones y dirigirse á otro director espiritual sin hacer por eso injuria á nadie. La Delfina le dirigió una mirada lánguida, pero de espresiva gratitud, y nombró á M. Bailli, sacerdote de la mision. El padre de la Rue envió á llamarle, pero había marchado á Paris, y siendo pre-

ciso escoger otro sacerdote, designó la enferma al padre Noel de la orden de Recoletos, que vino y oyó la confesion de la Delfina de Francia.

Ese acontecimiento metió mucho ruido, y cada cual le daba su interpretacion, siendo mas acreditadas las mas absurdas. La enferma debia recibir la estremacion en la noche, pues los médicos la habian declarado desahuciada. Entonces no se oyeron mas que sollozos y gemidos en aquella magnífica morada de Luis XIV donde hacia poco resonaban tantas glorias y alegrías; habia llegado la hora en que era preciso decir un eterno adios á la mejor de las mujeres, á la mas encantadora de las reinas.

Principió la ceremonia dolorosa. El Delfín, arrodillado al lado de la cama, lloraba sobre una mano débil y medio yerta que le tendian: el rey estaba prosternado al pie de la cama con las manos juntas, y sofocado de dolor; madama de Maintenon y las princesas oraban en el fondo del cuarto; los príncipes estaban arrodillados detrás del rey: la puerta y el salon contiguo se hallaban atestados de piadosos asistentes; y todos aquellos grandes señores tenian pintada en su cara una mortal tristeza. La agonizante, despues de recibir el sacramento, dió gracias con una voz débil al rey, al Delfín y á todos los asistentes. Solo le respondieron sollozos. En aquella mis-

ma noche todo se acabó: el ángel de gracia, de dulzura y bondad habia volado hácia el cielo.

A eso de las siete de la mañana siguiente, llevaron al Delfin de Versailles, y dos horas despues entró el rey acompañado de M. de Caylus en el cuarto fúnebre, para dar el último adios á su querida é infortunada hija. Esta parecia dormida en su ataúd, rodeada de ángeles. Luis XIV permaneció allí un cuarto de hora, orando y contemplando aquel rostro amado que no volveria á ver. Echó agua bendita sobre el regio ataúd, saludó á la magestad de la muerte, y se retiró. Aguardábale una carroza al pie de la escalera principal, y allí, en medio del gentío, á dos pasos de él, vió á un jóven pálido como la cara que acababa de contemplar en el ataúd. Aquel jóven derramaba ardientes lágrimas que inundaban su pecho: Luis XIV apenas le reconoció; pero recordando de súbito, exclamó:

— ¡Ah! ¡eres tú, amigo mio!

Fronsac estaba á sus pies, y el rey le levantó y le dijo en voz baja algunas palabras dándole la mano á besar. La emocion era demasiado violenta para el pobre duque, y tuvieron que sacarle de allí desmayado. El rey partió para Marly.

El cadáver de la Delfina de Francia estaba depositado en un ataúd de encina revestido de planchas de plomo; sobre las ro-

dillas y los pies de la augusta difunta estaba echado el manto de terciopelo azul bordado de flores de lis de oro y de cuatro delines de oro en las esquinas; y caía hasta el suelo, brillando magníficamente en aquel cuarto fúnebre iluminado por grandes cirios. A la entrada de la noche, el aposento estaba solitario, toda la corte había tributado su último homenaje á la princesa adorada; no quedaba en el cuarto ninguna persona, y solo en el oratorio contiguo oraba de rodillas un sacerdote delante de un pequeño altar.

Al cabo de muchas horas, se apoderó de él un letargo irresistible, fuese por cansancio ó por éstasis; cerráronse sus párpados, se quedó adormecido, y no pudo oír el ruido sordo que hizo una puerta secreta que se abrió con precaucion en el fondo del cuarto. Aquella puerta daba sobre una escalerita escusada por donde se podia huir en caso necesario, y estaba practicada en el espesor de la pared. Para reconocerla, era preciso haber sobornado á una camarista del servicio íntimo, y para adivinarla necesario era ser el alma mas apasionada y la mas desconsolada en ese momento.

Vuelto de su desmayo, el desventurado Fronsac había creído tener el valor necesario para hacerse trasportar á Paris; pero bien pronto, dejando su carroza, había vuelto á Versalles entrada la noche, y se había va-

lido de toda su destreza para deslizarse hasta la escalera en cuestion. Antes de pasar por la puerta secreta, escuchó algunos minutos.

Ningun ruido sintió, y pudo ver al sacerdote arrodillado y de espaldas hacia él. Bien luego se cercioró de que el buen eclesiástico dormía, y dió gracias á Dios de todo corazón. Gracias á la alfombra, pudo andar sin ser oído. Apareciósele en medio de los cirios el cadáver de la Delfina; vió aquella cara pálida, aquellos párpados cerrados, aquella boca sonriendo aun; un velo bordado venia á anudarse bajo su barba; los brazos, cubiertos de anchas mangas blancas, estaban cruzados sobre el pecho; en la mano derecha tenia un pequeño crucifijo de ébano, y en la izquierda un ramillete de violetas y siempre-vivas, de esas flores del jardín de la muerte. Fronsac se arrodilló primero al pie del ataúd, se prosternó, adoró; luego, tomando una punta del manto real que tocaba al suelo, la llevó á sus labios, en seguida se levantó, como tranquilizado por esos actos de sumision y respeto. En su extravío, olvidó que el alma habia abandonado aquel despojo mortal, y juntando las manos, exclamó:

— ¡O madama, hallaros así! ¿Qué os he hecho, ma lania?....

Y de súbito, volviéndole la razon, se cubrió la frente y añadió:

— ¡Perdona, ángel de mi vida!... ¡Está

muerta! repetía. ¡Oh! ¡está muerta!.... ¡Adios su mirada! ¡adios su sonrisa! ¡adios su voz! ¡Ahí está toda helada!....

Entonces hincó una rodilla en la grada del estrado en que estaba el ataúd, y tornándose familiar á fuerza de dolor, tomó la mano de la muerta y dijo sollozando:

—¡Os lo juro, yo os adoraba! ¡Os habia dado toda la ternura y todo el entusiasmo que puede tener un alma aquí en la tierra! Mi vida era vuestra, y Dios me es testigo de que la pasaria aun aquí mismo, al lado de vuestro ataúd, si consintiesen en dejaros para mí ahora, fria y muerta como estais....

Y al decir estas palabras, pegaba sus labios contra la mano yerta. En ese momento, alguno le tocó en el hombro por detrás; estremeciósese de terror, y volviéndose, vió la imponente cara de Fagon.

—Mi querido duque, le dijo el médico, ¿á qué viene ese dolor inútil?

Y al mismo tiempo le cogió del brazo para llevarle de allí. Fronsac se le soltó y corrió á besar por última vez la mano de alabastro que tenía el ramillete de flores. En ese momento de turbacion, Fagon no vió al pobre desconsolado coger las siemprevivas y las violetas, y ocultarlas en el seno.

—¡En nombre del cielo, venid, duque! repitió.

—¡Ahora sí, señor! respondió Fronsac es-

La Duquesa.

T. III.

trechando contra su corazón el ramillete fúnebre que su amiga parecía haberle abandonado como último adios.

La muerte de la Delfina fué seguida pocos días despues de la del Delfin. La Francia espantada dirigia súplicas al cielo; el rey se mostró grande en su dolor, á los ojos de la Europa: pero en la intimidad de sus viejos amigos, hablaba de sus hijos con una tierna piedad, y nada pudo consolarle de la pérdida de su querida Delfina.

Perdonó todo á Fronsac; no volvió á mezclarse en esos debates de familia, y le nombró edecan del mariscal Villars. Fronsac, al cabo de quince días de una fiebre delirante, volvió á la vida, y poco tiempo despues partió para el ejército llevando en el fondo del alma un doloroso y caro pensamiento. Llegó á ser un hombre muy brillante, muy luego un gran señor, y despues un hombre ilustre.... Pero, creámoslo, todas las borrascosas pasiones que agitaron su vida no pudieron sofocar aquel recuerdo de su primer amor, aquella nota lastimera y tierna que resonaba para él allá á lo lejos, y aun hablaba de ella con enternecimiento al fin de su larga y gloriosa carrera.

FIN.